VICENTE COLORADO

Francisca de Rímini.

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, 4.—Teléf. 1.114
1897

OBRAS DRAMÁTICAS

VICENTE COLORADO

OBRAS DRAMÁTICAS

De carne y hueso, drama en tres actos y en verso, original, precedido de una carta de D. Pedro Antonio de Alarcón y de una crítica de D. Manuel Cañete.

Yo pecador, cuadro dramático en un acto y en verso, original.

Francisca de Rimini, episodio dramático en tres actos y en verso, original.

El acta, comedia en un acto y en verso, original.

Padre nuestro, cuadro dramático en un acto y en verso, visto en *Le Pater* de François Coppée.

EN PRENSA

Dia de prueba, drama en tres actos y en verso, original.

VICENTE COLORADO

FRANCISCA DE RÍMINI

(EPISODIO DRAMÁTICO)

EL ACTA

(COMEDIA)

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, 4.—Teléf. 1.124
1897

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Francisca de Rímini.

EPISODIO DRAMÁTICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,
ORIGINAL

PERSONAJES

FRANCISCA DE RÍMINI.
BEATRIZ.
PABLO.
JUAN MALATESTA, Señor de Rímini.
DANTE.
GUIDO LAMBERTO DE POLENTA, Señor de Rávena.

La acción en Rímini; palacio de Pésaro; siglo XIII.

A LA MEMORIA

DE

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

Vicente Colorado.

ACTO PRIMERO

Habitación en el palacio de Pésaro; dos puertas al foro, más allá de las cuales hay una galería limitada por una balaustrada de piedra sobre la que asoman los árboles de un jardín; dos puertas laterales á la derecha, y, á la izquierda, dos altas ventanas con vidrios de colores: en los muros retratos y armas.

ESCENA PRIMERA

JUAN Y GUIDO

Guido.

En vano tus pensamientos,
Juan, ocultarme pretendes;
á tu pesar se reflejan
todos ellos en tu frente
como la luz al través
del vaso que la contiene.
Tú sufres.

Juan.

(Con aspereza.) Inútil fuera
negarlo.

Guido.

¿Qué te sucede?
¿Por qué al amor de tu esposa,
y á mi cariño, prefieres
vivir triste y solitario
lejos de nosotros siempre?
¿Qué te pasa? ¿por qué sufres?...
Habla y sepamos qué tienes;
pues no hay desgracia, por grande
que se imagine y se piense,
que palabras y cuidados
de un amigo no consuelen.

Juan.

Dejadme en paz, os lo ruego;
no es mi mal de los que pueden
aliviar vanos cuidados
y frases impertinentes.

Guido.

Quizá á tí mismo te engañas.

Juan.

¡Pluguiera á Dios que así fuese!

Guido.

Ya tu dolor, contagioso
y voraz como la peste,
en el alma de Francisca
va haciendo estragos crueles;
ya el color de sus mejillas
truécase en cera, y, la alegre
sonrisa que animó un tiempo
sus ojos y labios, cede
su lugar á la tristeza
como flor que palidece
en larga noche de invierno
y, antes que el sol vuelva, muere
triste, fría y solitaria
sin luz, sin calor ni ambiente.
Habla; siquiera por ella.

Juan.

No lograréis convencerme.

Guido.

Obstinación semejante
toda desdicha merece;
y pues mis ruegos no escuchas,
ni la razón te convence,
ni el cariño te persuade,
ni la desgracia te duele,

y en el silencio te encierras,
y la soledad prefieres
á nuestro amor, queda solo.
Mañana á Rávena vuelve
conmigo Francisca.

Juan.

¿Á Rávena?

Guido.

Ya lo dije.

Juan.

¡Antes la muerte!

Guido.

Hombre, misterio ó abismo,
pues estas tres cosas eres:
figura de hombre á los ojos,
misterio para la mente
y abismo de las razones,
porque en tí todas se pierden;
¿se puede saber qué piensas?
¿se puede saber qué sientes,
que al par una misma cosa
deseas y no la quieres?
Sé franco; dí que en tu pecho
aquella pasión vehemente

que sentiste por tu esposa,
se deshizo como nieve;
dí —«¡Ya no la amo!»—y dirás
lo que piensas, lo que sientes.

Juan.

¡Esto más!... Ya mi furor
callar más tiempo no puede;
y pues tanto deseáis
saber lo que me entristece,
escuchadme, y ojalá
que cual me pesa no os pese.

Guido.

No vence el dolor á quien
sabe á sí mismo vencerse.

Juan.

Antigua y tradicional
enemistad, de tal suerte
dividió á vuestra familia
de la mía, que mil veces
en vuestros propios dominios
fué causa de que corriese,
cual las aguas de los ríos,
la sangre de mil valientes.

Guido.

¿Y á qué recordar ahora?...

Juan.

Preciso es que lo recuerde,
que, en esta historia, mis males
sus hondas raíces tienen.
Odio de raza, en el pecho
se despierta fácilmente,
y, una vez que ha despertado,
ya no descansa ni duerme;
pues, parecido en un todo
al corazón que lo siente,
vive y palpita aunque al sueño
rendida el alma se entregue.
En vano pasan los años
y siglos pasan á veces,
en vano generaciones
unas á otras se suceden,
el odio, siempre insaciable
é irreconciliable siempre,
si en los padres con el peso
de la edad se extingue y muere,
con más fuerza y mayor furia
en los hijos reverdece.
Y, en estas luchas de raza,
jamás el vencido cede,

ni el botín ni la victoria
satisfacen al que vence;
no hay ofensa que no se haga,
venganza que no se intente,
traición que no se acaricie
ni crimen que no se piense.
Así mis antepasados
con los vuestros frente á frente
lucharon; así mi padre
y el vuestro riñeron siempre,
y vos y yo no hace mucho
peleamos de igual suerte;
hasta que Dios, ó el diablo, hizo
que á vuestra hija conociese
y la amara con el mismo
ardor con que odié otras veces.

Guido.

¿Qué quieres decir?

Juan.

Que, cuando
el odio en las venas hierve
y con la sangre se hereda,
sólo con ella se pierde;
yo lo olvidé, y ¡ay! ¡qué mucho
que tales frutos coseche,

y que enamorado viva
de lo que más me aborrece!

Guido.

¿Es posible que á tus solas
esos fantasmas engendres,
y que tomes por verdades
los delirios de tu mente?
¡Francisca odiarte!

Juan.

Sí; á mí
y á los míos aborrece.

Guido.

¿Eso piensas?

Juan.

Eso pienso.

Guido.

Loco estás. Pero ella viene
hacia aquí; te dejo solo;
y si quieres convencerte
por tí mismo de que sueñas,
pregunta, averigua, inquiere,
y esos fantasmas verás
al punto desvanecerse
como entre contrarios vientos
el humo desaparece.

ESCENA II

JUAN Y FRANCISCA

Francisca aparece en el extremo izquierda de la galería, y, al ir á cruzar la puerta inmediata del foro, ve á Juan, retrocede y sigue á todo lo largo de la galería hasta volver á asomar en la puerta de la derecha, desde la cual se dirige á la próxima de la lateral fingiendo no haberle visto.

Juan.

(Viéndola aparecer.)
¡Qué hermosa está!... ¡cada día
que pasa, más se embellece!
(Llamándola, con voz dura, cuando va á desaparecer de la escena.)
¡Francisca!

Francisca.

(Sin moverse.) Señor...

Juan.

Parece
que huyes.

Francisca.

Yo... no...

Juan.

(Dirigiéndose á donde está ella.)
Juraría
que huyes de mí.

Francisca.

No, señor.

Juan.

¿Mi presencia te da enojos?
Ven. (Conduciéndola al proscenio.)
¿Por qué bajas los ojos
al suelo? ¿Te causo horror?

Francisca.

No creáis...

Juan.

Yo nada creo,
te pregunto. Ven aquí;
tiempo hace que junto á mí
no te escucho, no te veo.
Respóndeme: ¿te es odiosa
mi vista?... De tí reclamo
la verdad; ¿como te amo
me quieres?

Francisca.

Soy vuestra esposa.

Juan.

¿Me quieres?

Francisca.

Es mi deber.

Juan.

¡Tu deber!... ¿y no merezco
nada más?

Francisca.

Yo os obedezco.

Juan.

Amar no es obedecer.
Amor no es hielo ni piedra
insensibles, como en tí;
no, la pasión no es así;
el amor, como la hiedra
busca el tronco á que se enlaza,
se dirige al sér amado
y, una vez que le ha encontrado,
entre sus brazos le abraza;
y, como la hiedra de esos
mismos troncos se alimenta,
amor vive y se sustenta
de quien ama, con sus besos.
¿Sientes tú así?

Francisca.

Yo... señor...

Juan.

¿No sientes así?

Francisca.

¡Ay de mí!

Juan.

Pues sólo sintiendo así
se ama y se siente el amor. (Breve pausa.)
Nunca en tu labio he escuchado
una palabra que fuera
la dichosa mensajera
del amor que he codiciado.
En mis horas de pasión
en vano pasión te pido;
nunca, nunca ha respondido
al mío tu corazón;
en mis amantes excesos,
en mis soñadas delicias,
jamás gocé tus caricias
ni me abrasaron tus besos;
siempre tan fría, tan yerta
entre mis brazos te ví
que, más que viva, creí
tenerte en mis brazos muerta. (Breve pausa.)
¡Tan hermosa y no has amado!...
¡tan bella y nunca has querido!...

¡mujer y nunca has sentido!...
Vaso divino, tallado
por el más sublime artista
con exquisito primor,
¡cómo encanta tu labor
y tu belleza á la vista!
Mas si en tan gentil figura
no alienta un pecho amoroso,
vaso divino y hermoso,
¿de qué sirve tu hermosura?
Ven aquí; (Atrayéndola hacia sí.)
más cerca, más;
quiero sentir tu calor;
tu odio deseo ó tu amor,
tu indiferencia jamás.
Tiende á mi cuello tus brazos; (La abraza.)
dame el aire que respiras;
ahógame con tus iras;
mátame con tus abrazos.
Quiero placer ó dolor;
hazme gozar ó sufrir;
y, si no sabes sentir,
finge siquiera el amor. (Breve pausa.)
¡Inmóvil!... ¡fría!... Tu calma
me da espanto. (Sacudiéndola con violencia.)
¡Oye!... ¡despierta!!..
¿estás viva, ó estás muerta,
ó eres un cuerpo sin alma?

¿Eres mármol, ó mujer?...
Pues no vence tu rigor
este mi invencible amor,
(Arrojándola lejos de sí.)
¡hielo y mármol debes ser!

ESCENA III

FRANCISCA Y BEATRIZ

Beatriz.

¿Qué haces aquí?

Francisca.

Devorar
penas, lágrimas, gemidos
que por todos mis sentidos
están queriendo escapar.

Beatriz.

¿Qué tienes?

Francisca.

Si lo supieras...

Beatriz.

Habla.

Francisca.

Compadecerías

tantas falsas alegrías
y desdichas verdaderas;
pues lo que debo querer
odio, y lo que debo odiar
amo, y padezco en amar
y gozo en aborrecer.
Cuando se lleva este horror
en el alma, en la conciencia,
alargar nuestra existencia
es alargar el dolor.

Beatriz.

¿Por qué padeces?

Francisca.

¡Por qué!...
¿no lo sabes todavía?
Siendo niña, el alma mía
á Pablo le dí, y le amé.
Lo mismo que surge y brota
del pedernal y el acero
chispa en átomo primero,
ó mejor luciente nota,
que no bien se ha desprendido
cuando su mismo calor
á cuanto halla en derredor
sin querer ha transmitido,
y de chispa que sólo era

en llama luego se inflama,
y se convierte de llama
poco después en hoguera,
así sus ojos se hallaron
con los míos y, al calor
de una mirada, en amor
nuestras almas se abrasaron.
¿Por qué le amé?... no lo sé;
en nuestro pecho el amar
sólo se puede explicar
de una manera: le amé.
¡Cuántas dulces ilusiones!
¡cuánta esperanza mentida!
¡cuánta dicha no cumplida
nuestros tiernos corazones,
al mal y al dolor extraños,
se forjaron halagüeños!...
y ahora, ¿qué son?... sombras, sueños,
peor aún, desengaños.

ESCENA IV

FRANCISCA, BEATRIZ Y GUIDO

Guido.

Francisca.

Francisca.

Padre...

Guido.

Beatriz.

Beatriz.

Señor....

Guido.

¿Qué hacéis?

Beatriz.

Recordar
nuestra infancia.

Guido.

(Á Francisca.) Tu mirar
es triste. ¿No eres feliz?
¿Te falta algo?

Francisca.

Señor... nada.

Guido.

Tan sólo tu bien deseo,
y haberle logrado creo.
Eres noble, eres amada
por tu padre y el esposo
que te dí; pronto, hija mía,
pasará la Señoría
de Rávena al valeroso

Señor de Rímini, quien,
con astucia y con prudencia,
podrá imponer á Florencia
y luego á Roma también
su voluntad, y, venciendo
los intereses mezquinos
de güelfos y gibelinos,
ir su poder extendiendo
y establecer por su mano,
con el valor y la espada,
de esta Italia desgarrada
un nuevo imperio romano.
¿Qué más, qué más ambiciona
tu corazón?... Quizá un día
fundes una dinastía
y ciñas una corona;
y de tu seno fecundo
nazcan ilustres varones
y héroes, cuyas acciones
sean la gloria del mundo.
¡Un cetro y una corona!...
¿qué más deseas, qué más?

Francisca.

Si vos lo decís, quizás
mi corazón lo ambiciona.
(Breve pausa y transición.)
Nos retiramos, señor.

Guido.

(Abrazándola.) ¿No es cierto que eres feliz?

Francisca.

Mucho, padre. (Aparte á Beatriz.) (¡Ay, Beatriz, me está matando el dolor!)

ESCENA V

PABLO Y DANTE

Pablo recorre la escena en silencio contemplándolo todo.

Pablo.

Después de larga y dolorosa ausencia
vuelvo al paterno hogar, en el que un día
corrió feliz y alegre mi existencia...
¡Dulces recuerdos de la infancia mía!...
¡madre del corazón!... ¡padre querido!...
¡ya al mío no responde vuestro acento
ni á mi amor vuestro amor! .. ¿Dónde habéis ido?
No há mucho fuísteis vida; hoy pensamiento
de mi mente no más; mañana olvido.

Dante.

No te abandones al dolor; sé fuerte
y tus pesares con valor refrena,
que, los que un día te robó la muerte,

más dichosos que tú, con mejor suerte,
gozan de paz en la región serena.

Pablo.

¡Oh, Dante! más que amigo fiel hermano,
gloria de Italia, orgullo de las letras,
tú que cual nadie el corazón humano
llegaste á conocer, y el hondo arcano
de nuestras vidas sabes y penetras,
¿por qué, dí, en nuestro pecho sobrevive
el amor cuando el sér querido muere,
y es placer y contento mientras vive,
y, muerto, pesadumbre que nos hiere?
¿por qué el hombre padece con la ausencia
del sér amado, y su inquietud se calma
al hallarnos de nuevo en su presencia?
¿se ama el cuerpo en la vida ó se ama el alma?
Dante, ¿qué es el amor en la existencia?

Dante.

¿Qué es el amor? Contemplación divina;
recuerdo que persiste en la memoria;
luz que los negros antros ilumina;
paz en el mundo, y en los cielos gloria.
¿Qué es el amor? Es fe que á todo alcanza;
el alma desprendiéndose del lodo;
es belleza, es bondad, es esperanza;
nada en el mundo, y en los cielos todo.

Pablo.

¿Eso sólo es amor?

Dante.

Eso.

Pablo.

No, Dante;
no es ese amor el que mi pecho siente;
el que sabe querer y es firme amante,
no goza paz ni bien un solo instante
si del objeto amado se halla ausente.
Mi amor lo es todo, tu pasión no es nada.

Dante.

¿Pues qué es, Pablo, el amor?

Pablo.

Más que todo eso;
en nuestros ojos es una mirada
interminable, en nuestro labio un beso;
es tener en los brazos á la amada
de nuestro corazón, sentir su peso,
respirar á su lado el mismo ambiente,
con los suyos unir nuestros latidos,
y, uno en brazos del otro, confundidos,
amar, amar y amar inmensamente
con corazón, con alma y con sentidos.

Dante.

Eso es locura, no es amor.

Pablo.

¡Locura!
¿Tú, que tanto has sentido y has pensado,
eso dices de amor?... Se me figura,
Dante, no sé por qué, que no has amado.

Dante.

¿Que no he amado?

Pablo.

No.

Dante.

Con toda el alma.

Pablo.

Quizá á alguna ilusión.

Dante.

No; mujer era.

Pablo.

¿La amaste con ardor?

Dante.

La amé con calma.

Pablo.

¿Há mucho tiempo?

Dante.

Sí; en mi edad primera.
Escucha; que, á quien ama, satisfacen
los recuerdos, pasados los amores;
pues piensa, al recordar tiempos mejores,
que de nuevo renacen como nacen
tras largas nieves las tempranas flores.
Ya ante mis ojos la celeste esfera
nueve veces el sol cruzado había
cuando mi pecho por la vez primera
al amor despertó, de igual manera
que entre las sombras se despierta el día.
Sentí, Pablo, el amor; mas no el estrecho
amor que para sí todo lo quiere,
¡tal pasión fuera indigna de mi pecho!
sino el amor que vive satisfecho
con el ajeno bien y por él muere.
Todo lo amé: la patria cuya historia
mi mente juvenil arrebataba;
el héroe que evocaba mi memoria;
amé la libertad, amé la gloria,
hasta el dolor amé... ¡todo lo amaba!
De Italia la feraz naturaleza
que en valles, en montañas y en collados

muestra por todas partes su grandeza,
me atraía también, y, su belleza,
hablaba á mis sentidos extasiados.
¡Todo lo amé! La tierra, como el cielo,
conmovieron mi pecho de igual modo;
hasta que un día, mi insaciable anhelo,
una mujer halló en el patrio suelo
y la amé desde entonces sobre todo.
Apenas si contaba nueve abriles
y era un raro prodigio de hermosura,
pues unía á las gracias juveniles
todos los atractivos femeniles
tan gentil y tan bella criatura.
Llevaba roja túnica ceñida,
era blanca su faz, rubio el cabello,
grandes los ojos, centros de la vida,
tímido su mirar, boca encendida,
las manos frescas flores, nieve el cuello.
Sentí al fijar en ella la mirada
que en el fondo del pecho, donde tiene
el alma su recóndita morada,
me decía una voz nunca escuchada:
«Mira á tu Dios, que á redimirte viene.»
Y el cuerpo, que es no más instinto ciego,
con amorosa y dulce sacudida,
al contemplar su imagen, dijo luego,
recobrando la calma y el sosiego:
—«Ya mi dicha encontré; he aquí mi vida.»

Pero el placer lascivo, el goce impuro
que á todo amante por igual alcanza,
ante aquel sér tan celestial y puro
prorrumpió con acento amargo y duro:
—«¡Ay, qué triste es vivir sin esperanza!»

Pablo.

¿Y aún la quieres?

Dante.

Igual que el primer día.

Pablo.

¿Te amó? ¿fuiste su amante?

Dante.

No por cierto;
no sé si por desgracia ó suerte mía
mi amor existe aún, pero ella ha muerto.

Pablo.

Asómate un instante á esta ventana.
Más allá de ese bosque y de ese río,
en la extensión vastísima y lejana
de la tierra, al Adriático cercana,
existe una mujer; su amor es mío.
Por ella abandoné los patrios lares,

perseguí ciego la voluble suerte,
la tierra recorrí, surqué los mares,
gocé alegrías, lamenté pesares,
busqué la gloria y arrostré la muerte.
Si un hombre su cariño me robara,
si ella misma el amor diera al olvido,
si como yo la quiero no me amara,
y el beso de sus labios me faltara
y su acento dulcísimo á mi oído,
para siempre en sus ojos moriría
la luz del sol... Pero, ¡qué digo!... ¡oh, Dante!
¡ella morir! ¡morir y no ser mía!...
¡cómo pude pensarlo!... ¡Me sería
imposible vivir sin ser su amante!

(Breve pausa y transición.)

En tanto que recorro estos salones
en cuyos muros, como viva historia,
las armas, los retratos, los blasones
recuerdan á tantísimos varones
que de mi raza son ejemplo y gloria,
discurre, aprovechando la espesura
de ese jardín, sobre su verde alfombra;
en él tu inspiración, con más holgura,
espacio encontrará, dulce frescura,
ambiente perfumado y grata sombra.

Dante.

No me hagas esperar.

Pablo.

Tus pasos sigo.

Dante.

He de partir á Rávena esta tarde,
en donde un protector y fiel amigo
espera mi regreso.

Pablo.

Iré contigo
á Rávena también.

Dante.

Que Dios te guarde.

ESCENA VI

PABLO

Á la ventana y mirando al exterior.

Como una cinta de oro, entre el ramaje,
se retuerce el camino y se dilata
hasta perderse al fin entre el follaje;
y de este lado avanza el oleaje
del claro río cual bruñida plata.
Mi pensamiento se deleita y pierde
en ese cielo azul, limpio y sereno,

y hace en estos instantes que recuerde
cuando al través de esa maleza verde
iba de amor y de esperanza lleno.
Leandro no cruzó, con la arrogancia
que yo esa obscura selva, el Helesponto;
ni traspuso más breve la distancia,
ni á Hero pudo amar con más constancia,
ni á sus brazos jamás llegó tan pronto.
El mar, que sus amores dividía,
con ser amargo, inmenso é inconstante,
era más corta, firme y dulce vía,
que el amor cada noche recorría,
que el que á mí me separa de mi amante;
que el dilatado mar, con ser tan hondo,
un límite lejano le contiene
y en sus profundos senos hay un fondo;
pero este mar, que á mi conciencia escondo,
ni límite ni fin algunos tiene.
Salva el hombre el abismo, el Oceano,
el alto risco que obscurece el alba,
el desierto, la selva y el pantano;
pero el rencor y el odio del humano
corazón, ¿quién los vence? ¿quién los salva?
Cómo decir á aquél á quien la guerra,
la sangre y el horror han dividido
por siglos de otros hombres en la tierra:
—«Ese odio, ese rencor que tu alma encierra
»arrójalos por siempre en el olvido.

»Perdona, con la injuria recibida,
»la traición que en el pecho de tu padre
»abrió no há mucho la mortal herida,
»y cuya santa y amorosa vida
»costó también la de tu anciana madre.
»Esa justa venganza que te inflama
»arrójala de tí; y á quien mil veces
»te ofendió, y todavía te difama,
»ámale en solo un día, pero ama
»con la misma intensión que le aborreces.»
(Pausa.)
¡Cómo eso podrá ser!... Más fácil fuera
allanar las montañas, á los ríos
hacer retroceder en su carrera
ó detener del sol la ardiente esfera
que realizar los pensamientos míos. (Pausa.)
¡Imposible!... ¿imposible?... ¡Ah! si no cede
la hidra rencorosa, se la aplasta;
mi firme voluntad no retrocede;
ni la razón escucho, ni me puede
el ódio convencer; la adoro, y basta.
Aunque mis padres del mortuorio lecho
se levantáran maldiciendo el día
que me dieron el sér, á su despecho,
lo que aborrecen más, para mi pecho
mi amor, mi único amor siempre sería.

ESCENA VII

PABLO Y JUAN

Juan.

¡Dos viajeros!... ¡El diablo
cargue con ellos!
(Reparando en Pablo que está al otro extremo de la escena.)
¿Quién va?

Pablo.

Un soldado.

Juan.

Esa voz...

Pablo.

¿Ya
no me conoces? Soy Pablo.

Juan.

¿Tú aquí?

Pablo.

¿Y á dónde mejor?

Juan.

¡Siendo tan ancha la tierra!...

Pablo.

Toda sobra si no hay guerra.

Juan.

Nunca falta si hay valor.

Pablo.

¿Valor?... lo abona esta espada.

Juan.

Cuando el corazón es fuerte.

Pablo.

El que no teme la muerte
no tiene temor de nada.

Juan.

¿Por qué el campo gibelino
dejas tan pronto?

Pablo.

¿Y qué hacer
si no hay güelfos que vencer?

Juan.

¿Los rendiste?

Pablo.

En Campaldino.

Tras inútil resistencia,
allí, en vergonzosa huída,
unos perdieron la vida
y otros pidieron clemencia.
Hecha la paz: —«¿Dónde voy?
»¿á qué punto me dirijo?»—
me pregunté; y mi alma dijo:
—«¡Á Rímini!—y aquí estoy.

Juan.

Si tu estancia ha de ser corta,
puedes quedarte.

Pablo.

¿Y después?

Juan.

Te marchas.

Pablo.

¿Dónde?

Juan.

Eso es
cuenta tuya; ¡qué me importa!
Con nuestro padre acabaron
respetos y conveniencias
con que encubrí diferencias

que siempre nos separaron.
Mi carácter no se auna
con el tuyo; parecemos
de otra sangre; no tenemos
de hermanos cosa ninguna.
Tu presencia aquí, en rigor,
ni es necesaria, ni tiene
razón de ser, ni conviene
á tu genio emprendedor.
Los bríos el ocio enerva.

Pablo.

Á los que gozan de calma;
pero, cuando sufre el alma,
hasta la paz los acerba.

Juan.

Ya sé que á tu corazón
un sentimiento apasiona.

Pablo.

¿Tú sabes?...

Juan.

Quien ambiciona
no descansa.

Pablo.

¡Yo ambición!...

Sí; ¡cuantas veces suspensa
y absorta mi alma, cuántas
teniendo bajo mis plantas
del Adriático la inmensa
y dilatada llanura
que allá á lo lejos se pierde,
y á mis espaldas la verde
y pintoresca espesura
del bosque que el río baña,
y á la cual también limita
otra grandeza infinita
y sublime, la montaña
de los Alpes, que del suelo
se eleva de pronto y sube
atravesando la nube
hasta perderse en el cielo;
cuántas veces, al mirar
tan fértil naturaleza,
algo grande en su grandeza
he llegado á ambicionar!
Ser la luz de ese horizonte,
el aliento soberano
de ese impetuoso Oceano,
la eterna nieve del monte;
ser ola, nieve, granito,
luz que brilla, aire que gime;
ser algo eterno y sublime,
algo inmortal é infinito

de bondad y de belleza,
gozar de vida y de calma,
tener cuerpo, espacio y alma,
¡ser, en fin, naturaleza!

Juan.

¿Estás loco?

Pablo.

Enamorado.

Juan.

¿Y eres quizá aborrecido?

Pablo.

Amo, y... soy correspondido.

Juan.

¡Feliz tú!

Pablo.

No; desgraciado.

Juan.

¡Vive Cristo!... ¿y á eso llamas
desdicha?... ¿pues qué más quieres
si dices que amas y eres
correspondido como amas?

Pablo.

Alguien se opone á mi amor.

Juan.

Ese alguien tendrá algún nombre.

Pablo.

Lo tiene.

Juan.

Pues si es un hombre,
y no te falta valor,
y al cinto llevas acero,
desnúdalo y mata ó muere.

Pablo.

¿Y si fuera?...

Juan.

Sea quien fuere;
si amas, tu amor es primero.
¡Si el que causa mi amargura
con sangre se consiguiera,
entonces mi dicha fuera,
cual mi desgracia, segura!

Pablo.

¿También amas?

Juan.

Con amor
tan entrañable é inmenso,
tan profundo, que no pienso
que pueda existir mayor.

Pablo.

¿Cómo y cuándo?...

Juan.

Es una historia
muy breve; pero tan larga
en desventuras, que amarga
mi existencia su memoria.
Hace ya un año, en Florencia
me hallé, al pasar una calle,
con una dama de talle
gentil y hermosa presencia.
Me cautivó. Por las trazas
que era noble presumí,
y á mi pesar la seguí
cruzando calles y plazas
un largo y revuelto espacio,
hasta que, al anochecer,
la vi desaparecer
por la puerta de un palacio.
Á un hidalgo que allí había
le dije: — «Si es que á esa dama

»conoces, cómo se llama
»di.» —«Francisca.»

Pablo.

(Aparte.) (¡Madre mía!)

Juan.

—«¿Es noble?»—«Según mi cuenta
»de la nobleza mejor.»
—«¿Quién es?»—«La hija, señor,
»de Lamberto de Polenta.»

Pablo.

(Aparte.) (¡Ira de Dios!)

Juan.

Sentí fuego
y frío al oir su nombre;
pensé en robarle á ese hombre
su hija.

Pablo.

(Con ansiedad.) ¿Y lo hiciste?

Juan.

Luego,
más amante ó más humano,
enrojecida la faz,

pensé en pedirle la paz
y, á cambio de ella, su mano.

Pablo.

Y, entonces, ¿qué?

Juan.

Satisfice
mi pasión y mi deseo.

Pablo.

¿Fuiste á verle?

Juan.

¡Ya lo creo!
como lo pensé lo hice.

Pablo.

Y, al oirte, se negó.

Juan.

No; me impuso condiciones.

Pablo.

¿Y, tú?...

Juan.

Sin más dilaciones
las acepté... y aceptó.

Pablo.

¿Viste á Francisca?

Juan.

La ví.

Pablo.

¿La hablaste de amor?

Juan.

La hablé.

Pablo.

¿Qué te dijo?

Juan.

Sólo sé
que viéndola enloquecí.

Pablo.

¡Que estoy soñando parece!
¡Amarla tú!

Juan.

Bastó un día.

Pablo.

¡Amarla tú!

Juan.

¿Todavía
tu corazón la aborrece?

Pablo.

¡Al par que te escucho siento
que algo en mí se despedaza,
y que el odio de mi raza
invade mi pensamiento!

Juan.

¡Tu corazón, como el suyo,
no sabe amar!... los dos son
iguales.

Pablo.

¿Su corazón
también odia?

Juan.

Como el tuyo.

Pablo.

¿Te dijo ella?...

Juan.

Aunque enmudece
(por eso mismo quizás)

entiendo que, cuanto más
la quiero, más me aborrece.

Pablo.

¿Y eso te hizo desistir
de tu proyectado enlace?
¿no es cierto?

Juan.

En lo que á eso hace,
queda poco que decir.

Pablo.

Habla pues.

Juan.

Si consultara
tu opinión, ¿qué me dirías?

Pablo.

Por fuerza desistirías
si por bien no lo lograra.

Juan.

¿Y si contra tu opinión
lo hiciese?

Pablo.

Oponer mi pecho.

Juan.

¿Y si ya estuviera hecho?

Pablo.

¡Arrancarme el corazón!

Juan.

Pues aún subsiste la herencia
de antiguos odios en tí,
hoy mismo saldrás de aquí
en dirección á Florencia.

Pablo.

¿Tal vez en Pésaro se halla?...

Juan.

¡Á qué ocultarte tal cosa!

Pablo.

Habla.

Juan.

Francisca es mi esposa.

Pablo.

¡Tu esposa!

Juan.

Lamberto, calla.

(Al ver aparecer á Guido y á Dante, Juan lleva á Pablo á un extremo de la escena.)

ESCENA VIII

PABLO, JUAN, GUIDO Y DANTE

Guido.

Gran fortuna ha sido hallarte.

Dante.

Señor, la fortuna es mía.
¡Vos en Rímini!

Guido.

Sabía
cuánto había de extrañarte.
Ya nadie mi autoridad
combate, nadie me ostiga;
hoy con Rímini me liga
la más estrecha amistad.

Dante.

¿Y vuestra hija?

Guido.

Casó.

Dante.

Ricibid mi parabién.

Guido.

Mil gracias, Dante.

Dante.

¿Y con quién?
¿con un veneciano?

Guido.

No;
mi hija, cual yo, los detesta.

Dante.

¿Un florentino?

Guido.

Mi deudo
es el señor de este feudo
de Rímini.

Dante.

¡Malatesta!

Guido.

El mismo que ves allí.
Sígueme. Juan...

Juan.

(Avanza dejando ver á Pablo.)

¿Qué queréis?

Guido.

¡Cómo!... ¡Pablo!
(Á Juan y á Dante.) ¿Y no me habéis
dicho nada?
(Abrazando á Pablo.)
Ven aquí.
¡Estás hecho un guapo mozo!
(Á Juan y á Dante.)
¡Ah! no extrañéis mi cariño;
¡le he conocido tan niño!...
¡Aún recuerdo con qué gozo
todas las tardes, á orillas
del Pó, y á muy corto espacio
de mi señorial palacio
iba á buscarme á hurtadillas!
De todo temor ajeno,
y al aire suelto el rendaje,
galopaba entre el follaje
sin espuelas y sin freno;
yo le veía asomar
con los ojos como llamas,
hurtando el cuerpo á las ramas
que le querían parar.
¡Qué tardes!... El vino añejo
en las copas de Venecia,
mi voz destemplada y recia
repitiendo algún consejo;

ó ya un viejo manuscrito
nos recordaba la historia
de un héroe, ó la memoria
de algún cristiano bendito;
¡qué tardes!... no faltó ni una;
al vernos, el sol ardía,
y, al despedirnos, lucía
la melancólica luna.

(Á Pablo.)

¿Recuerdas?... Pero te encuentro
sombrío y triste; no vienes
como antes eras. ¡Qué! ¿tienes

(Golpeándole en el pecho cariñosamente.)

alguna pena aquí dentro?

Pablo.

Es que la guerra, señor,
los sentimientos embota.

Guido.

En la guerra también brota
para el soldado el amor.

Pablo.

No he tenido yo esa suerte;
con mayor ó menor brío,
sólo he visto en torno mío

dar y recibir la muerte.
¿No es cierto, Dante?

Guido.

(Recordando de pronto.) ¡Ah, es verdad!
me olvidé hablando contigo.
Juan, te presento un amigo.

Juan.

Bien venido.

Guido.

Mi ciudad
honró como embajador
en Venecia y en Florencia,
y debo á su inteligencia
mucho más que á mi valor.

Dante. (1)

* No tal.

Guido.

* Su genio feliz
* no ha tenido semejante.
* ¿No le conoces? Es Dante,
* el cantor de Beatriz,

(1) Los versos que van marcados con un * se suprimen en la representación.

* el poeta florentino
* cuyo númen popular,
* mejor que otro, ha de fundar
* el gran imperio latino.
* De los Alpes á Sicilia,
* si hoy nos divide la guerra,
* gracias á él, esta tierra
* formará una gran familia.

Juan.

* No sé de esas cosas nada
* ni á mis gustos satisfacen,
* mas los imperios se hacen
* con el valor y la espada;
* no con fingidos amores
* é imaginarios pesares
* de poetas y juglares,
* prosistas y trovadores.
* Con hierro los campos labras,
* con el hierro y con la guerra
* dominó Roma la tierra,
* no con versos ni palabras.

Guido.

* Los imperios que han fundado
* la fuerza, el hierro y la suerte,
* á su vez otro más fuerte

* y audaz, los ha derribado.
* César, Alejandro y Ciro,
* grandes imperios tuvieron;
* mas, ¿qué vivieron?... vivieron
* lo que ellos tres: un suspiro.

Juan.

* Pues si la guerra no doma
* hombres, é imperios también,
* ¿quién había de unirlos?

Guido.

¿Quién?...
* la fe, la raza, el idioma.
* El primer lazo es la tierra
* que sustenta nuestros lares,
* rodeada de anchos mares
* y de alta y enhiesta sierra;
* nos liga la religión
* en un mismo sentimiento;
* y el lenguaje, cuyo acento
* une á su vez la razón.
* La guerra á los hombres vence;
* el hierro los hiere ó mata;
* la fuerza esclaviza y ata;
* ¡sólo el idioma convence! (Pausa y transición.)
Francisca viene hacia aquí.

Pablo.

(Aparte.)
(¡Cómo huir de su presencia!)

Dante.

(Á Guido.)
Después de tan larga ausencia
no se acordará de mí.

ESCENA IX

PABLO, JUAN, DANTE, GUIDO Y FRANCISCA

Guido.

Francisca.

Francisca.

¿Qué me mandáis?

Guido.

Mira á quién tienes delante
de tí; ¿le conoces?

Francisca.

Dante.

Dante.

Señora, ¿aún me recordáis?

Francisca.

Vos sois quien nos ha olvidado
por la fama y por la gloria.

Dante.

No; jamás de mi memoria
tal recuerdo se ha borrado.
Es que el hombre, cual la nave
que al mar y al viento se entrega,
si sabe á dónde navega
dónde irá á parar no sabe;
y aunque ponga el pensamiento
en marchar por un camino,
es juguete del destino
como el barco lo es del viento.

Francisca.

Algo de eso se me alcanza;
siempre en la vida logramos
más bien lo que no pensamos
que lo que ansió la esperanza.

Guido.

Dígalo en este momento
la visita inesperada
de Dante; y la no soñada
quizá por tu pensamiento

de otro huésped, de otro amigo
que no aguardas, ni tal vez
recuerdas, y, en la niñez,
sus ocios partió contigo.

Francisca.

¿Qué decís?

Guido.

Pues creo que hablo
claramente... Ven acá...
¿Dónde se oculta?... Aquí está
quien menos creyeras.

Francisca.

¡Pablo! (Pausa.)

Guido.

Es natural que te asombre;
como muerto le lloramos;
se fué niño y le encontramos
en poco tiempo hecho un hombre.
(Á Pablo después de una pausa.)
¿Qué haces inmóvil ahí?

Pablo.

(Avanzando.)
Francisca...

Francisca.

(Aparte.) (¡Dios mío!)

Pablo.

¿Ya
no me conoces?... ¿quizá
hay tanta mudanza en mí?

Guido.

(Á Francisca.)
¿Nada contestas?

Pablo.

No extraño
tu olvido; la culpa es mía;
para olvidar basta un día;
¡y tiene tantos un año!

Guido.

(Impaciente.)
Pero hija mía, ¿qué haces?
¿no le das el parabién?
Es Pablo; tu hermano; ven,
es preciso que le abraces.
(Empujándola hacia Pablo.)

Francisca.

(Retrocediendo.)
¡Jamás! ¡jamás!

Guido.

¡Tal agravio!...

Juan.

(Á Guido.)
¿Aún no lo habéis comprendido?
Es el odio no extinguido
que al fin confiesa su labio.
¡Ya veis cómo desvanece
cuanto ha poco os dije aquí!
¡Amar ella!... Como á mí,
á los míos aborrece. (Váse.)

Guido.

(Echándose en los brazos de Dante.)
¡Mi vida se despedaza,
Dante! ¡Qué inmensa aflicción!
¡Aún lleva en el corazón
el maldito odio de raza!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín. En el fondo la fachada del palacio, en la que se ven las puertas y galería, practicables, del primer acto; la balaustrada de la galería comunica con la escena.

ESCENA PRIMERA

DANTE Y GUIDO

Dante sentado, y Guido que entra en escena.

Guido.

¿Meditas?

Dante.

(Levantándose.)

Descanso. Y vos,
¿cómo os encontráis?

Guido.

Me encuentro
cada vez más combatido
por mis tristes pensamientos.
Desde la escena de ayer,
sin reposo alguno, vengo

buscando el oculto enigma
de tan extraños sucesos.

Dante.

Os preocupáis demasiado
por nada.

Guido.

Mucho me temo
que en esta ocasión me ocurra
lo que acontece al enfermo,
quien, al comenzar el mal,
de su propio estado ajeno,
deja que la enfermedad
se le apodere del cuerpo,
y sólo advierte su daño
cuando no tiene remedio.

Dante.

Más bien, como el aprensivo
aquél, que hallándose bueno
dió en decir que estaba malo
hasta que enfermó en efecto,
por curaros en salud
vendréis á caer enfermo.
¿Qué os atormenta?

Guido.

Mi hija.

Dante.

¿Por qué razón? ¿No habéis hecho
su felicidad?

Guido.

La hice
sin contar con sus deseos;
y acaso al hacer su bien
sólo atendí á mi provecho.

Dante.

La juventud necesita
de la experiencia y consejo
de los años.

Guido.

De ese error
es del que ahora me arrepiento;
que piensan de vario modo,
y tienen gustos diversos,
y aman diferentes cosas
los jóvenes que los viejos.

Dante.

Quien no conoce el peligro...

Guido.

Dante, cuando se ama, hasta eso

se ama también. Place al alma
la dulce ilusión de un sueño
aunque luego el desengaño
nos haya de herir despiertos.
¿Por qué sinó á nuestra edad,
en la que tanto sabemos,
amamos la inexperiencia
de nuestros años primeros?

Dante.

Acaso tenéis razón.

Guido.

¡Ah! si el odio que en mi pecho
se extinguió, vive en mi hija;
si no amase, como pienso,
á su marido... ¡yo mismo
la he condenado al infierno!

Dante.

Gozáis en atormentaros,
y adelantáis pensamientos
y desgracias sin tener
aún motivos para ello.

Guido.

¡Quiera el cielo que así sea!

Dante.

Pues procurad distraeros;
porque es de tal condición
el dolor, que á nuestro pecho
atormenta imaginado
cual si fuese verdadero.

Guido.

Con permiso tuyo voy
á ver á mi hija un momento,
y, si es posible, mañana
á Rávena partiremos.

ESCENA II

DANTE Y PABLO

Dante.

Todo el día de hoy sin verte;
¿qué ha sido de tí? ¿Quizás
huyes de mí? Pablo, estás
pálido como la muerte.
¿Qué tienes?

Pablo.

(Con sequedad.) Nada.

Dante.

No mientas.

Pablo.

Te juro...

Dante.

Juras en vano.
¿No soy tu amigo?

Pablo.

Mi hermano.

Dante.

¿Pues por qué engañarme intentas?
Profunda pena te aflige;
sí, no lo niegues, batallas
con hondo mal que me callas.

Pablo.

No es nada, ya te lo dije.

Dante.

Con tus palabras en vano
lo pretendes ocultar;
se revela tu pesar
como el inmenso Oceano
revela el sombrío fondo

que á nuestros ojos sepulta,
el cual, cuanto más lo oculta,
diciendo está que es más hondo.

Pablo.

Pues será.

Dante.

¿Te has enojado?
Perdona si fuí indiscreto;
tu dolor, no tu secreto,
es el que me ha interesado.

Pablo.

Pongo al cielo por testigo
de cuán engañado estás;
ni me ofendí, ni jamás
fuiste indiscreto conmigo.
Y si cual dices batallo
con secreto padecer,
muy secreto habrá de ser
cuando es á tí á quien lo callo.

Dante.

Dispensa.

Pablo.

Que entre los dos
no haya recelo ninguno.

Dante.

En mi cariño no hay uno
siquiera.

Pablo.

Gracias.

Dante.

Adiós.

ESCENA III

PABLO

Perdido su amor, perdida
la esperanza, ¿qué me resta?
¡sólo el dolor! ¡tan sólo esta
miserable é inútil vida! (Pausa.)
¡Qué hermosa estaba!... Si odiosa
es la perfidia, y horrendo
su delito, ¿cómo, siendo
tan pérfida, es tan hermosa?
Ayer, al verla, afluyó
la sangre del pecho mío
al rostro; profundo frío
heló mi cuerpo; cesó
el corazón de latir;
anudóse mi garganta

y, bajo el peso de tanta
angustia, pensé morir.
Poco después, entre enojos,
mi sangre ardió; grandes ruidos
zumbaron en mis oídos
y la luz faltó á mis ojos.
Entonces quise acabar
con su vida su doblez,
pero, al mirarla otra vez,
sentí impulsos de llorar.
Desde aquel momento, ¡en cuántas
espantosas lobregueces
he apurado hasta las heces
el dolor!... Bajo mis plantas
abriéndose va un abismo
á cada paso que doy,
y ruedo, y caigo, y estoy
siempre igual, siempre lo mismo.
Aún llevo en el corazón
su imagen fiel; todavía
la quiero cual la quería;
aún alienta mi pasión.
¡Cómo en sólo unos instantes
dar para siempre al olvido
la mujer que hemos querido
por vez primera!... ¡Si amantes
aún en mi oído resuenan
sus palabras! ¡si aún impresos

llevo en mis labios sus besos!
¡si aún sus brazos me encadenan!
¡Si parece que ayer fué,
que fué hace un instante, ahora,
cuando llorando, traidora,
por mi ausencia la dejé.
Pero, ¿qué digo? Despierta
corazón y en torno mira;
lo que amabas es mentira;
sólo tu desgracia es cierta.
Ya aquel acento querido,
que blandamente sonaba
y amoroso me nombraba,
no resonará en mi oído;
ya no templarán mi loca
ansiedad, ni mis enojos,
la mirada de sus ojos
ni la risa de su boca;
ya jamás mi honda tristeza
á su lado calmaré,
ni en su seno esconderé
la atormentada cabeza;
ya nunca más, bajo el peso
de imaginarios agravios,
entre los suyos mis labios
robarán un dulce beso;
ya á mi afán es insensible,
ya á mi acento no responde,

á mis miradas se esconde
y su amor es imposible.
Inútilmente la llamo;
en vano me desespero;
todo concluyó; ¿qué espero?
¿qué busco? ¿qué ansío? ¿qué amo?
Aun puede, el que á ver no alcanza,
en tanto que el sol alumbre,
soportar su pesadumbre
con la mentida esperanza;
pero, al que tiene vacías
las órbitas, ¿qué le importa
el rayo de luz que corta
el cielo todos los días?
Sí; cuando todo ha acabado,
cuando todo ha concluído:
el padre á quien se ha querido,
la madre á quien se ha adorado,
la mujer cuyo amor era
nuestra mejor esperanza,
y, el corazón, ni venganza
ni ambición tiene ni espera;
cuando nada al pensamiento,
que es imagen, corresponde,
y el sentir no encuentra donde
reflejar el sentimiento;
cuando nuestra voluntad
estérilmente batalla,

y todo enmudece y calla,
y es sombra y obscuridad:
cuando haciendo van el dolo,
la perfidia y el desvío
en torno nuestro el vacío
y el hombre se encuentra solo;
cuando en dolorosa calma
el cuerpo nos sobrevive,
pues aunque respira y vive
la materia no así el alma;
cuando todo está desierto,
¿no es el morir lo mejor
pues ya, menos el dolor,
en nosotros todo ha muerto?

ESCENA IV

PABLO Y FRANCISCA

Francisca.

(Desde la galería del foro.)
Pablo.

Pablo.

¡Esa voz!... ¿es realidad ó sueño?
¡Es ella! ¡es ella!... sí, fueron sus labios.
¡Y pensaba en morir!... ¡fué vano empeño!
¡Adiós perfidia! ¡adiós adusto ceño!
¡adiós pesares, lágrimas y agravios!

Francisca.

(Bajando del foro.)
Pablo.

Pablo.

¡Es su voz!... Al escuchar mi nombre
de nuevo la pasión mi pecho inflama;
¡es ella quien se acerca, quien me llama!
¡Oh misterioso corazón del hombre!
¡tan pronto desespera como ama!

Francisca.

Pablo, Pablo, ¿en qué piensas?

Pablo.

Há un momento
dudé de mi ventura; pero ahora,
al ver tu faz y al escuchar tu acento,
recuerdas á mi obscuro pensamiento
una mujer á quien mi pecho adora.

Francisca.

¡Ah! calla, por piedad; no sigas.

Pablo.

Hablo
de una mujer que conocí en la guerra.

Francisca.

¡Cómo! ¡qué has dicho! ¿no era de esta tierra?
¿no era de aquí? ¿quién es entonces, Pablo?

Pablo.

¿Acaso este lugar el mundo encierra?
En Nápoles nació; país de amores
al que el mar con sus olas besa y baña,
al que el sol presta límpidos fulgores,
la tierra frescas y olorosas flores,
y su volcán ardiente la montaña.
Allí nació; sus ojos, como el cielo,
tienen miradas dulces y serenas;
como el mar, insondable, así es su anhelo;
su rostro cual las flores de aquel suelo;
como lava la sangre de sus venas.

Francisca.

¿Y la amaste?

Pablo.

La amé.

Francisca.

¿Y ella?....

Pablo.

Igualmente

correspondió á mi amor; y, á tu llegada,
de su belleza y de su amor ausente,
se complacía en evocar mi mente
una vez más su imagen adorada.

Francisca.

¿Temes acaso que te dé al olvido?

Pablo.

Antes su triste muerte lloraría;
que es constante su amor, no parecido
al amor de esta ingrata tierra mía
que muere cuando apenas ha nacido.

Francisca.

En tu pecho, cruel; que, como el viento
muda de dirección á cada instante,
cambia de amor así cada momento;
aquí, menos tu fácil sentimiento,
hasta la nieve efímera es constante.

Pablo.

¿Todo constante aquí?... Pues tus promesas,
tu fe, tus juramentos, ¿qué se han hecho?
¿dónde están?... Como el humo se ha deshecho
tu inquebrantable amor, y es aun más que esas
nieves helado tu insensible pecho.
¡Todo constante aquí!... ¿Pues dónde han ido
aquellos días de amorosa calma

en los que yo á tus pies te amé rendido
y, á los hombres y á Dios dando al olvido,
te dí mi corazón, te dí mi alma?
¿Todo constante aquí?... Sólo es constante
la traición en tu pecho, en tu alma el dolo,
la mentira en tus labios, en tu amante
halago la perfidia, y tu incesante
y cruel veleidad; ¡eso tan sólo!
Antes que á mí, tus besos, tus caricias,
que primeros juzgaba, ¡á cuántos otros
habrás dado!... ¿No vendes por primicias,
cuando á tu nuevo dueño le acaricias,
las que há poco cambiábamos nosotros?
¡Cruel!... ¿qué no merece tu traidora
conducta? ¿qué tu proceder infame?...
¿Lloras?... Pues bien, por última vez llora,
que á morir á mis manos vas ahora
porque no mientas más á quien te ame.
(Saca la daga y hace ademán de herirla.—Pausa.)
¡Matarte!... no. ¡Cómo olvidar, ingrata,
lo mucho que te amé!

Francisca.

¡Por favor! ¡hiere!
Si crees lo que dices, llega y mata.
¡Feliz quien tu furor así desata!
¡y más feliz quien á tus manos muere!
(Pausa.—Pablo queda vuelto de espaldas á Francisca, y, ésta, á los pies de aquél.)

Aún me quieres! ¿no es cierto?... ¿Por qué callas?
Todavía me quieres, todavía
con el amor indómito batallas;
y en vano, en tu dolor, romper sus mallas
pretendes, Pablo, en vano; ¡tu alma es mía!
Me quieres, ¿no es verdad?... Pues bien, escucha:
por estas tristes lágrimas que lloro,
por el dolor con que mi pecho lucha,
por mi desgracia, que cual ves es mucha,
te juro una y mil veces que te adoro.
Te adoro, Pablo; y fuera más dichosa
de tus caprichos siendo humilde esclava
que siendo honrada y envidiable esposa;
pues nunca, nunca fuí más venturosa
que cuando tú me amabas y te amaba.
Te adoro; y si tu pecho no comprende
cómo vine á ser de otro, es porque ignora
que nadie á nuestro amor y dicha atiende,
y á su ambición nos sacrifica y vende
el padre que tal vez más nos adora.
Anunciando tu muerte, un mensajero
llegó á nuestra morada fugitivo...
¡no creas, Pablo, no, que me sincero,
lo mismo que te quise, y hoy te quiero
entonces te quería, muerto ó vivo!
¡Cómo decirte, si lloré tu ausencia,
que tu muerte lloré!... ¡cómo tampoco
los gritos de furor y de impotencia

que me arrancó el pesar! ¡que la existencia
aborrecí!... Pero, ¡ay! esto era poco.
Mi padre, de mi afán mudo testigo,
sin comprenderlo acaso, concertaba
mi esclavitud; y, por trocar amigo
al que otro tiempo aborreció enemigo,
este cuerpo, que es tuyo, le entregaba.
Debí morir y no ceder, ¿no es cierto?
Esta fué, Pablo, mi intención primera;
mas, ¿por qué vivo aún? ¿por qué no he muerto?...
porque pensaba en tí, porque, aun incierto,
el que ama, si ama bien, sufre y espera.
Mi lecho no es de amor; lloro cual viuda
y cual doncella mi perdido amante;
y, aunque el deseo cada noche acuda,
el odio que me inspira de él me escuda,
y tu amor al que siempre fuí constante.
Lágrimas son mis besos, mis caricias
gemir; cesaron ya las que nosotros
gozamos del amor breves delicias;
esos son los placeres, las primicias
que á mi dueño le doy y que dí á otros.
Sólo en tu amor se cifra mi existencia;
ya en el olvido mi pesar sepulto;
has vuelto y soy feliz con tu presencia;
tú eres mi alma, tú eres mi conciencia,
tú eres mi Dios, mi religión, mi culto.
Habla, y verás obedecer tu acento

con firme voluntad en todo, en todo;
cual sierva seguiré tu pensamiento;
dí huyamos, y huiremos al momento;
dí muere, y moriré del mismo modo. (Pausa.)
¿Callas?... ¿no me contestas?... ¿nada dices
á quien tu amor y tu perdón espera?...
(Aparece Dante sin ser visto.)
¿Podremos todavía ser felices?...
Pablo, ¿me quieres?

Pablo.

(Abrazándola.) Con el alma entera.

Francisca.

¡Gracias, Dios mío!

Pablo.

Sí; ni un solo instante
te he dejado de amar; te amé inocente;
lejos de tí te recordaba amante;
te amaba desleal; te amé inconstante;
desgraciada te adoro inmensamente.

ESCENA V

PABLO, FRANCISCA Y DANTE

Pablo.

¿Qué buscas?

Dante.

Todo lo oí,
¡oh almas infortunadas!

Pablo.

¿Qué nos dicen tus miradas?
¿qué vienes á hacer aquí?
Responde.

Dante.

¿Qué he de querer
de seres que estimo tanto?
tomar parte en vuestro llanto,
y, si sufrís, padecer.

Pablo.

Á mucho tu genio alcanza
tú eres mi amigo mejor;
ven y da á nuestro dolor
un consuelo, una esperanza.

Dante.

(Á Pablo.)
¿Quién, quién así ha esclavizado
tu libre voluntad, dime?

Pablo.

Amor, que de amar no exime
á ninguno que es amado.

Dante.

Pero, ¿cuándo y de qué modo
vuestras almas se encontraron
por vez primera y se amaron?

Francisca.

Oíd y lo sabréis todo;
aunque, al referir ahora
la causa de mi pesar,
haya mi voz de sonar
lo mismo que el que habla y llora;
pues la desgracia mayor
que en el mundo puede haber,
es recordar el placer
en el tiempo del dolor.
Años há, en mi edad temprana,
cuando en el alma inexperta
el amor surge y despierta
como el sol en la mañana,
en las márgenes del Pó
á Pablo le conocí;
le ví y le amé; y él á mí,
al verme, también me amó.
Nos amamos, y, aunque exige
decirse amor que es sincero,
nunca me dijo: —«Te quiero.» —
jamás —«Te quiero.» —le dije.

¿Lo sabíamos?... mejor
que en palabras expresado;
¡quién no sabe que es amado!
¡qué sér habrá que el amor
que inspira y siente no note!...
Mudos seguimos sintiendo;
hasta que un día, leyendo
la historia de Lanzarote,
él y yo, solos, sentados
casi en el mismo cojín,
libres nos vimos al fin
de temores y cuidados.
Leímos letra por letra,
hoja tras hoja pasamos,
y como el aire en que estamos
en nuestro pecho penetra
y viene una parte á ser
del cuerpo que le respira,
así la amante mentira
de la historia, sin saber
cómo, del libro surgía
y en nosotros se animaba...
Pablo, á veces, me miraba,
y otras, las menos, leía.
Cuando al llegar el suceso
amoroso á aquel instante
en que responde el amante
á su amada con un beso

que una sonrisa provoca,
éste, con el mismo ardor,
todo temblando de amor
un beso me dió en la boca.
Debí en sus brazos caer,
pues junto al mío latía
su pecho... Desde aquel día
no volvimos á leer.

Dante.

¡Desgraciados!

Francisca.

De ese modo
el amor en un instante
nos unió por siempre; Dante,
ya lo habéis oído todo.
Ahora os ruego, por favor,
que á uno y otro nos salvéis,
ya que así os compadecéis
de nuestro acerbo dolor.

Dante.

Señora, desdichas tales
como propias he sentido,
y á todo estoy decidido
por ahorraros nuevos males.
(Á Pablo.)
Pablo, tenemos que hablar.

(Á Francisca.)
Dejadnos aquí á los dos
un momento.

Francisca.

Fío en vos,
Dante.

Dante.

Podéis confiar.

(Dante acompaña á Francisca hasta el foro, y vuelve después al proscenio.)

ESCENA VI

PABLO Y DANTE

Dante.

Pablo, advertirte quería,
por si luego no nos vemos,
que á Rávena partiremos
mañana al rayar el día.

Pablo.

¡Tan pronto!... ¿Y con quién te vas?

Dante.

¡Con quién ha de ser! Contigo.

Pablo.

¿Qué estás diciendo?... ¿conmigo?...

No lo pienses.

Dante.

Pues vendrás.

Pablo.

¡Dejar á Pésaro!

Dante.

Sí;

mañana.

Pablo.

No puede ser.

Dante.

Partir te manda el deber.

Pablo.

Y el amor quedarme aquí.

Dante.

¿Y qué es antes?

Pablo.

¿Por fortuna
pretenderás entre amantes
discutir si es después ó antes
el amor que cosa alguna?
Ya más perderla no quiero

con ausencias que son muerte;
y pues, por desgracia ó suerte,
lejos de su lado muero
y en verla el vivir estriba,
¿á qué abreviar con la ausencia
nuestra ya breve existencia?
¡Déjame, Dante, que viva!

Dante.

Ama; mas lejos de aquí.

Pablo.

Lejos de aquí, ¿cómo amar?

Dante.

Pensando en ella.

Pablo.

Pensar
no es querer; y si no, dí:
si del sol los rayos rojos
para siempre se extinguieran,
¿de qué entonces te sirvieran
en la obscuridad los ojos?
En noche tal, sin haber
estrella alguna ni día,
¿acaso te bastaría
sólo pensar para ver?

Dante.

¿Crees?...

Pablo.

El alma la he dado,
y su corazón es mío;
y pues está en mi albedrío
ser feliz ó desgraciado,
fuera locura creer
que yo había de causar
su desgracia y mi pesar
pudiendo dichosos ser.

Dante.

Dios lo quiso.

Pablo.

No; los hombres
lo hicieron; pues, lo que un día
será eterno, el alma, es mía;
todo lo demás son nombres.

Dante.

El amante que á traición
y en las sombras escondido
ama y es correspondido,
no es amante, es vil ladrón.

Pablo.

¿Y quién te ha dicho á tí que haya
ni siquiera imaginado
en gozar amor robado,
ni que entre las sombras vaya
como infame y vil ladrón,
temblando de espanto y miedo,
cuando frente á frente puedo
disputar su corazón?

Dante.

¿Qué intentas?

Pablo.

Nada he pensado.

Dante.

¿No me quieres confesar
lo que pretendes?

Pablo.

Amar.

Dante.

¿Nada más?

Pablo.

Y ser amado.

Dante.

¿Y faltarás de ese modo
á tu deber, á tu honor?

Pablo.

Para quien ama, el amor
es lo primero de todo.
Y basta ya; que aunque mucho
te considero, por Dios
que á reñir vamos los dos
si un instante más te escucho.

Dante.

¿No desistes?

Pablo.

No desisto.

Dante.

Aún te espero convencer.

Pablo.

Imposible te ha de ser.

Dante.

Lo veremos.

Pablo.

Ya está visto.

ESCENA VII

PABLO Y JUAN

Juan.

¡Cómo! ¿tú en Pésaro?

Pablo.

Sí.

Juan.

¿Quién de tí se despedía?

Pablo.

Dante.

Juan.

¡Dante!... ¿todavía
ese florentino aquí?
No hay en Italia mendigo,
aventurero ó soldado
á los cuales no haya dado
en mi palacio un abrigo.
¡Cuándo, cuándo me hallaré
lejos de tanto importuno!
¡cuándo sin huésped alguno
libre y feliz viviré,
sin gente propia ni extraña

que me fastidia y sofoca,
como el águila en la roca,
como el lobo en la montaña,
siempre solo y sólo yo!

Pablo.

Mañana parten Lamberto
y Dante á Rávena.

Juan.

¿Es cierto?...
Y tú, ¿vas con ellos?

Pablo.

No.

Juan.

¿Llevas dirección opuesta?

Pablo.

Ninguna llevo.

Juan.

¿Eh?... ¿qué dices?

Pablo.

He pensado echar raíces.

Juan.

¿Dónde?

Pablo.

Aquí; mi patria es esta.

Juan.

Te creí más razonable.

Pablo.

¿Te enoja mi compañía?

Juan.

Tiempo hace que hasta la mía
me va siendo insoportable.
Márchate, y deja dormir
antiguas enemistades
que ya en nuestras mocedades
pude apenas reprimir.

Pablo.

¿Recuerdas que en tiempo alguno,
bien de palabra ó de acción,
con razón ó sin razón
te haya ofendido?

Juan.

En ninguno.

Pablo.

Y, sin embargo, tu pecho
me odia desde la niñez.

Juan.

Aborrezco tu altivez
y tu orgullo.

Pablo.

¿Qué te han hecho?
No; es que en tu alma no existe
esa dulce simpatía
que es risueña como el día,
como el crepúsculo triste;
no, tu corazón no ama;
tu pecho no se enternece,
ni admira, ni compadece;
en otra pasión se inflama,
con otros afectos lidia
sin entusiasmo ni amor;
en tí el odio y el rencor
son envidia, sólo envidia.

Juan.

¡Vive Dios!...

Pablo.

No he concluído.

Juan.

Si ha de ser en paz, reporta
tu lenguaje.

Pablo.

¡Qué me importa!
á todo estoy decidido.
Ya en el maternal regazo,
niño sin voz, amargabas
mis dichas, y me negabas
de mi madre el tierno abrazo;
¡en las sombras se escondía
la infeliz á darme el beso
de su amor, pues hasta eso
como un crimen te ofendía!
No olvidaré una velada
en la que, según costumbre,
estando junto á la lumbre
la familia congregada,
mi madre tendió sus manos
sobre tu frente y la mía
y exclamó: —«Nadie diría
»que mis hijos son hermanos.»—
Mi padre alzó la mirada
y, á su vez, con gravedad
nos miró y dijo: —«Es verdad,

»no se parecen en nada.»—
Como un lobezno saltaste
dando con manos y pies
en todo, y, días después,
á traición me maltrataste.
¡Cuántas veces con engaño
al campo salir me hacías,
y con gozo discurrías
mil peligros en mi daño!
No obstante tu condición
perversa, ni te he temido
ni odiado, sólo he sentido
por tí pena y compasión.
¿Qué hice para merecer
de tí ese rencor salvaje?
Para tanto y tanto ultraje,
¿qué es lo que yo hice?

Juan.

Nacer.
Salga el terrible y deshecho
torrente de mis agravios
que hasta hoy guardaron mis labios
como puertas de mi pecho,
y los lazos fraternales
concluyan con el que ha sido,
sólo por haber nacido,
causa de todos mis males.

Antes que tú, yo vivía
en Rímini á mi albedrío;
mi padre era sólo mío,
y mi madre sólo mía.
En torno de mí su amor
giraba desde la cuna
igual que el sol y la luna
de la tierra alrededor.
Eran leyes mis deseos,
cual fiestas mis alegrías,
luto las tristezas mías
y hazañas mis devaneos.
Aun cuando lejos de aquí
me hallase, seguro estaba
de que, aun en sueños, pensaba
mi padre en mí, sólo en mí.
Deudos, amigos, villanos,
de mis pasos siempre en pos,
de rodillas como á Dios
besaban todos mis manos.
Mas tú, con sólo nacer,
robaste cuanto era mío;
y fortuna y albedrío
vine contigo á perder.
Ya entre los dos dividía
sus sentimientos mi padre,
y, al serlo tuya, mi madre
no era solamente mía.

Se acusaron exigencias
mis deseos; mis dolores
caprichos; y, mis menores
atrevimientos, demencias.
Mi madre te amaba á tí
más de lo que á mí me amaba,
y en tí mi padre pensaba
olvidándose de mí.
¡Ninguno de ellos me hubiera
llorado muerto!... Quería
mi padre la Señoría
para tí, cuando él muriera;
sí, eso quería; y con él
la ciudad, donde me odiaban
y en voz alta nos llamaban
á mí Caín y á tí Abel.
¡Ve si mis odios salvajes
eran justos ó no! ¡mira
si mereciste la ira
de mi pecho, y mis ultrajes!
Todo cuanto he ambicionado,
todo cuanto he pretendido,
cuanto he amado y he querido,
todo tú me lo has robado.
Vete de aquí y no renueves
mis amarguras pasadas,
pues te arrojaré á estocadas
si á resistirme te atreves.

Pablo.

Sabiendo que mi presencia
te atormentaba, partí;
pero hoy, al volver aquí
de nuevo tras larga ausencia,
lo que antes fué desvarío,
locura y ofuscación,
ya desdichas ciertas son
para tu daño y el mío.

Juan.

¿Qué dices?

Pablo.

Que á este lugar
se halla mi alma tan unida,
que ha de arrancarme la vida
quien de él me quiera arrancar.

Juan.

Mucho arriesgas.

Pablo.

Más espero.

Juan.

¡Márchate!

Pablo.

De ningún modo.

Juan.

¿Qué es lo que pretendes?

Pablo.

Todo.

Juan.

¿Con qué cuentas?

Pablo.

(Golpeando el puño de su espada.)
Con mi acero.

Juan.

(Desnudando la suya.)
He aquí el mío; y pues al fin
tal y como eres te muestras,
ceda mi alma á las siniestras
tentaciones de Caín. (Riñen.)

ESCENA VIII

PABLO, JUAN, FRANCISCA Y, Á POCO, GUIDO Y DANTE

Francisca.

(Corriendo al lado de Pablo.)
¡Pablo!... ¡Pablo!...

Juan.

¡Ira de Dios!
¿á él acudes? ¿á él atiendes?
¿Como todos le defiendes
contra mí?... ¡Morid los dos!

Guido.

(Á Juan.)

Detente.

Juan.

(Rechazándole.)

Dejadme.

Dante.

(Á Pablo.) Cesa.

Pablo.

Aparta.

(Guido detiene á Juan en el primer término izquierda; Dante se lleva á Pablo, y, cuando estos dos últimos llegan al foro, los dos hermanos cambian las siguientes frases:)

Juan.

Matarle quiero.

Pablo.

Aquí volveré.

Juan.

Te espero.

Pablo.

Nunca falto á una promesa.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación de Francisca; al foro columnas, entre las cuales cuelgan tapices que ocultan el lecho; una puerta á la derecha y una ventana á la izquierda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCA (á la ventana.)

¡Oh noche! como ninguna
apacible y silenciosa;
todo en tu seno reposa,
todo duerme; hasta la luna,
cuya blanca luz convida
á gozar amante anhelo,
parece que cruza el cielo
por tu aliento adormecida.
Nada hay que turbe tu calma;
la tierra está como muerta;
sólo en tus sombras despierta
eterna é inmortal el alma.
Despierta cual si los lazos
que la retienen cautiva,
una mano compasiva

les deshiciese en pedazos;
y de su ruín vestidura
libre, los espacios hiende
y al través de ellos asciende,
vuela, y, ganando la altura,
se aproxima al Creador
de cuanto ha sido y cuanto es
y, de hinojos á sus pies,
prorrumpe:—«¡Señor! ¡Señor!
»¿por qué tu justa venganza
»contra mí el rayo fulmina?
»Tú me hiciste á tu divina
»imagen y semejanza;
»como la luz en la estrella
»que brilla en el firmamento,
»pusiste en mí el pensamiento
»que alumbra y guía como ella;
»y, como á la luz calor,
»á mí me diste también
»el sentimiento, que al bien
»se encamina con amor;
»y me diste voluntad
»para que, cuanto sintiera
»y pensase, no muriera
»en vana esterilidad;
»y cuando así de tu seno
»salido hube, me animaste
»con vida, me contemplaste

»y tú viste que era bueno.
»¿Cuál es mi crimen, Señor?...
»Cuanto existe y vive en mí
»todo te lo debo á tí:
»amo porque soy amor;
»en él pienso porque es él
»todo el pensamiento mío;
»y, porque tengo albedrío
»y le amo, á su amor soy fiel.»

ESCENA II

FRANCISCA Y DANTE

Francisca.

¿Qué noticias me traéis?

Dante.

De paz.

Francisca.

¿Y Pablo?

Dante.

Al abrigo
de asechanzas de traidores
y puñales de asesinos.

Francisca.

¿Acaso intentan matarle?

Dante.

Nada sé de positivo,
pero me lo hacen temer
ciertos extraños indicios
que he sorprendido esta tarde
no muy lejos de estos sitios.

Francisca.

¡Ah, Dante! mucho me temo
que despreciando el peligro
aquí venga y en las manos
caiga de sus enemigos.

Dante.

Me prometió no venir,
y no vendrá.

Francisca.

Desconfío
de que cumpla su promesa
aunque os lo haya prometido.

Dante.

¿Por qué razón?

Francisca.

Porque juzgo
su corazón por el mío.

Dante.

Aunque de vuestros temores
y afanes no participo,
por lo que pueda ocurrir
me encontraré prevenido.

Francisca.

¿Y mi padre? ¿duerme?

Dante.

No.

Francisca.

¿Le hablásteis?

Dante.

Sí.

Francisca.

¿Qué os ha dicho?

Dante.

Que está resuelto á llevaros
á Rávena.

Francisca.

¿Cuándo?

Dante.

Hoy mismo.

Francisca.

¿Y Pablo? ¿lo sabe?

Dante.

Todo.
El alba será el aviso
de su partida y la nuestra,
y, por diferentes sitios,
vendremos á hallarnos todos
á la mitad del camino.

Francisca.

(Asomándose á la ventana.)
Aún no ha mediado la noche;
¡cuándo acabará, Dios mío!

Dante.

No acaricies pensamientos
que no han de verse cumplidos.

Francisca.

¿Qué queréis decir?

Dante.

Que, apenas
mañana á Pablo hayáis visto,
para otra más larga ausencia
ha de partir.

Francisca.

No adivino...

Dante.

Vos iréis con vuestro padre;
Pablo á Venecia conmigo.

Francisca.

¿Hasta cuándo?

Dante.

Dios lo sabe.

Francisca.

En él espero y confío.

Dante.

Mientras se acerca la hora
de partir, yo me retiro
á velar con vuestro padre.

Francisca.

Id, pues.

Dante.

Con vuestro permiso.

ESCENA III

FRANCISCA Y BEATRIZ

Beatriz.

Francisca, Francisca.

Francisca.

¿Qué hay?

Beatriz.

Hacia lo largo del río,
medio oculto por las sombras,
y en dirección á estos sitios,
un hombre avanza que á Pablo
por su aspecto es parecido.

Francisca.

¡Es él! ¡es él... ¡me lo está
diciendo mi amor á gritos!

Beatriz.

¿Qué hacemos?

Francisca.

¿Qué hemos de hacer
sino esperar?

Beatriz.

Es que he visto
á varios hombres armados
ir y venir con sigilo
y misterio, hasta que al fin,
uno por uno, se han ido
ocultando cual si todos
estuvieran convenidos.

Francisca.

Pues estemos con cuidado,
Beatriz; y, al menor ruido
que se oiga de armas, tú y yo,
pidamos favor y auxilio.
Corre, corre á la ventana
del jardín; sé toda oídos;
inquiere, observa, adivina,
que yo en ésta haré lo mismo. (Vase Beatriz.)
¡Es Pablo! ¡es Pablo!... lo está
diciendo mi amor á gritos;

no me engañaba al juzgar
su corazón por el mío. (Se coloca á la ventana.)

ESCENA IV

FRANCISCA Y JUAN

Juan entra por la derecha, se dirige al foro, levanta los tapices, mira y, no encontrando á Francisca, baja al proscenio llamándola. Cuando se indique, se oirá la voz de Beatriz.

Juan.

Francisca.

Francisca.

¿Quién es?

Juan.

Soy yo.

Francisca.

(Retrocediendo con espanto.)
¡Vos!

Juan.

Sí; yo soy quien te nombra;
yo, quien te busca en la sombra
de la noche. Ven.

Francisca.

(Huyendo de él.) ¡No! ¡no!

Juan.

No me rechaces, no huyas;
ten piedad de mi tormento;
deja que estreche un momento
entre mis manos las tuyas.
¡Te suplico y eres mía!
¡te ruego y soy tu señor!
¡mandarte puedo, y favor
te pido!... Dime, ¿qué haría
para reducir al cabo
ese indomable albedrío
al que, siendo esclavo mío,
me rindo como un esclavo?
Responde, ¿cómo mi empeño
podré lograr? ¿de qué modo,
el que es de tí dueño en todo,
hacerte podrá su dueño?

Francisca.

Salid de aquí.

Juan.

No; he venido
resuelto á acabar mis penas.
Mira: la sangre en mis venas
parece plomo fundido;
en mi cerebro se agita
golpeándole con afán;

como rugiente volcán
en mi corazón palpita;
el aire falta á mi boca,
es como lumbre mi aliento,
y una sorda inquietud siento
que me enloquece y sofoca.
En medio de este deseo
abrasador, de esta llama
que me consume y me inflama
sólo á tí en mis ansias veo;
te veo como el primer
hombre, tras mucho anhelar,
á solas debió mirar
á la primera mujer;
¡y, cuántas veces, en esas
horas de fiebre, he soñado
que á mi amor te has entregado,
que me abrazas, que me besas!
Á todo entonces me atrevo;
son mis brazos como red;
parece que tengo sed
y que mirándote bebo.
Pero cuando la razón
tu dulce imagen retira,
y ve que todo es mentira,
que todo es sueño, ilusión,
de rabia y furor me abraso
pensando que soy tu dueño

y que sólo hay de mi sueño
á la realidad un paso.
Dos lunas, día por día,
todas las noches, el rostro
enardecido, me postro
á tus pies, ¡y aún no eres mía!
Hoy ó nunca lo serás.

Francisca.

¡Nunca!

Juan.

Cede á quien te adora.
¡Sólo una vez!

Francisca.

¡Nunca!

Juan.

Ahora
y siempre.

Francisca.

¡Jamás! ¡jamás!
¡No os acerquéis á mí!

Juan.

Cede;
amante te espero; llega;

no resistas. Te lo ruega
quien exigírtelo puede.

Francisca.

¡Dios mío, aparta de mí
tanto horror!

Juan.

¡Me odias!... lo sé;
¡me aborreces!... bien, ¿y qué?...
nada me importa; aun así
te codicio, te deseo;
como entre mis brazos te halles,
el odio, aunque en odio estalles,
no lo toco, no lo veo.
Cuando te ví, ¿qué sabia
si era tu pecho bondad
y amor, ó si era maldad
y odio lo que en él había?
No te amé ni hice mi esposa
porque ángel pudieras ser;
te amé porque eras mujer,
te amé porque eras hermosa;
sólo pensé en verme preso
y dichoso entre tus brazos,
en gozar de tus abrazos,
en unirme á tí en un beso;
así pensé desde el día

que te ví por vez primera;
no dije: —«¡Si me quisiera!»—
exclamé: —«¡Si fuese mía!»—
Lo que amante te imploraba
te exijo; soy tu señor;
amor quiero, dame amor;
obedece; eres mi esclava.
No vanamente se siembra
el deseo que devora
la sangre; llegó la hora;
el tigre busca á su hembra.

Francisca.

No me toquéis; me inspiráis
más repugnancia que espanto.
Sí; sabedlo, os odio tanto
como vos me deseáis.

Juan.

Cual dices que me aborreces
dime á quién amas también.

Francisca.

¡Qué horrible tormento!

Juan.

¿Á quién
amas?... dí... ¿Por qué enmudeces?

Dime quién de tu pasión
es el silencioso objeto;
dímelo, que te prometo
traerte su corazón.

(Se oye ruido de espadas.)

Contesta. ¿No oyes que te hablo?
¿Cómo se llama ese hombre?

Beatriz.

(Grita desde dentro.)

Francisca.

Juan.

¿Cuál es su nombre?

Francisca.

(Corriendo á la ventana.)

¡Ruido de espadas!

Juan.

(Que la ha seguido, dice asiéndola de un brazo.)

¿Cuál?

Francisca.

(Llamando en un grito.)

¡Pablo!

(Francisca se desprende de Juan y corre á la puerta de la derecha desde donde grita otra vez.)

¡Padre!

ESCENA V

FRANCISCA, JUAN Y GUIDO

Guido.

¿Qué ocurre?

Francisca.

¡Apartad
de mí esa furia!

Guido.

(Á Juan.) ¡Por Dios
que á reñir vamos los dos
todavía!

Juan.

(Con ira.) Despejad.

Guido.

¡Nunca ví tal desconcierto!
aquí gritos; allá fuera,
en mitad de la ribera,
un hombre al que otros han muerto.

Francisca.

¡Cielo santo!

Juan.

¡Al fin recojo
el fruto de mi venganza!
(Á Guido.)
Sólo esa noticia alcanza
á libraros de mi enojo.
(Á Francisca.)
El corazón te ofrecí
del hombre que tu alma adora,
y voy á arrancarle ahora
de su pecho para tí.

ESCENA VI

FRANCISCA Y GUIDO

Francisca.

Seguidle, por compasión;
el muerto es Pablo; me amaba.

Guido.

¿Á tí?...

Francisca.

Y yo le idolatraba
con todo mi corazón.

Guido.

¡Infeliz!

Francisca.

Evitad, pues,
que le lleguen á ultrajar;
íd, íd, que para llorar
harto tiempo habrá después.

ESCENA VII

FRANCISCA á la ventana y, á poco, PABLO

Francisca.

¡Nada se escucha!... ¡Todo está desierto!...
¡Dios mío, si eres justo y compasivo,
y ves las tristes lágrimas que vierto,
devuélvele á mis brazos vivo ó muerto:
quiero verle.

Pablo.

(Que entra por la derecha.)

Francisca.

Francisca.

(Corriendo á él.) ¡Pablo! .. ¡Vivo!

Pablo.

Y junto á tí.

Francisca.

¿No sueño que me miras?
¿es verdad que á tu lado estoy despierta?
¿que te hablo, que te escucho y que respiras?
¿eres tú? ¿no deliro?

Pablo.

No deliras.

Francisca.

¿Luego tanta ventura es cierta?

Pablo.

Es cierta.

Francisca.

Sí, sí; no es ilusión de mi deseo.
Mírame. Gozo y sufro, lloro y río.

Pablo.

¿Qué tienes?

Francisca.

Nada ya, pues que te veo
con vida entre mis brazos... ¡Creo, creo
en tu justicia y tu bondad, Dios mío!

ESCENA VIII

FRANCISCA, PABLO Y JUAN, por el foro, que avanza hacia ellos sin ser visto.

Juan.

(Aparte.)
(¡Al fin le hallé!)

Pablo.

¡Alma del alma mía!

Francisca.

No me abandones.

Pablo.

¡Nunca!

Juan.

(Aparte, desnudando la daga.) (¡Hierro, hiere! ¡hiere y mata!)

Pablo.

¿Me quieres?

Francisca.

¿Todavía lo dudas?

Pablo.

Quiero oirlo.

Francisca.

¡Te amo!

Juan.

(Arrojándose sobre Francisca, á quien hiere.)

¡Muere!

Francisca.

¡Pablo!

Pablo.

¡Francisca!

Francisca.

Sálvate.

Juan.

Ya es tarde.

Pablo.

(Echando mano á la espada.)

Aún en mi brazo y en tu amor confío.

Juan.

(Antes de que Pablo haya podido desnudar su espada, se arroja sobre él y le hiere con la daga.)

Mira si puedes escapar.

Pablo.

¡Cobarde!

Francisca.

Favor!

Pablo.

(Á Francisca.)

Contigo muero.

Francisca.

(Espirando al lado de Pablo.) ¡Pablo mío!

Pablo.

Tuyo, sí, tuyo.

(Agonizando, á Juan.)

Bárbaro homicida,
vive y envidia mi dichosa suerte;
quisiste separarnos en la vida
y juntas nuestras almas en la muerte. (Muere.)

ESCENA IX

FRANCISCA, PABLO, JUAN, GUIDO Y DANTE

Guido.

¡Francisca!

Dante.

¡Pablo!

Guido.

¡Muertos!

Juan.

Sí; yo he sido;
el odio hiere como el fuego abrasa;
cual yo su amor, su vida da al olvido;
no me hables, no preguntes; mira y pasa.

Madrid, 5 de Septiembre de 1885.

FIN DEL DRAMA

El acta.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO, ORIGINAL

PERSONAJES

La señá BLASA, alcaldesa.
La tía BAYALA, vieja.
El señor MARCOS, alcalde.
PRUDENCIO, albéitar.
MANTECA, tendero.
CANDIDATO MINISTERIAL.
El ZURDILLO, empleado del Ayuntamiento.
El SACRISTÁN.
ALGUACIL.

La acción en un pueblo de Castilla.

ACTO ÚNICO

Plaza de un pueblo; en el primer término izquierda la taberna, sobre cuya puerta hay una bandera encarnada con una inscripción en letras negras que dice *Vinos;* á la derecha la casa del alcalde; de la escena parten varias calles.

ESCENA PRIMERA

Á la puerta de la taberna, sentados alrededor de una mesa, PRUDENCIO, el ZURDILLO, el SACRISTAN y MANTECA, que juegan á las cartas. La señá BLASA y la tía BAYALA sentadas en sillas bajas á la puerta de la casa del alcalde, en cuyo umbral se halla de pie el ALGUACIL.

Blasa.

Alguacil.

Alguacil.

¿Qué manda usté?

Blasa.

¿Usté á secas?

Alguacil.

En efecto;
¿qué desea usía?

Blasa.

Nunca
te olvides del tratamiento.
Que te llegues al corral
y veas qué hacen los cerdos;
pues va para media hora
que están gruñendo, gruñendo,
y me van á producir
una gastralgia al cerebro.
(Vase el Alguacil.)

Bayala.

¿Qué vocablo es ese?

Blasa.

Pues,
según me ha dicho Prudencio
el albéitar, la gastralgia
es un dolor de los nervios
que padecen las personas
de distinción y de mérito.

Bayala.

Yo nunca lo he padecido.

Blasa.

Ni puede usté padecerlo.

Bayala.

¿Por qué razón?

Blasa.

Porque usté
no se devana los sesos.
(Al Aguacil, que aparece.)
¿Qué hacían esos marranos?

Alguacil.

Sobre poco más ó menos
lo que hacen tóos los cochinos
siempre que les falta el pienso:
revolcarse, hozar, gruñir
y dar con tóo en el suelo.

Blasa.

Pues dila á la María Antonia
que les avíe un barreño
de patatas y salvaos,
y que se lo baje presto.
(Vase el Alguacil, que vuelve al poco rato.)

Manteca.

¡Echa una brisca, Zurdillo!

Zurdillo.

¿Que eche una brisca?

Manteca.

Sin miedo.

Zurdillo.

¡Miá que aluego no la maten
y perdamos!

Manteca.

No seas terco.
¿Estás en babia ú en dónde?
Dende el principio del juego
que te estoy guiñando el ojo,
y aún no te has dao cata de ello.
¡Yo creí que era más lista
la gente de Ayuntamiento!

Zurdillo.

¿Tienes el tres?

Manteca.

Pues es claro.

Zurdillo.

No digas más; allá va eso.

Prudencio.

¿Y qué es eso?

Manteca.

El espadón
del general Espartero.

Sacristán.

¿Y ahora, qué hago yo?

Prudencio.

Lo que hacen
los hombres de pelo en pecho;
no se aturde un sacristán
porque repiquen muy recio.
Anda, carcunda; no digan
que esa espada te da miedo.

Sacristán.

Pues allá va el as de copas.

Manteca.

Esa copa me la bebo
yo con el tres.

Prudencio.

Poco á poco;
¿qué has echao?

Manteca.

¿No lo estás viendo?...
el tres de bastos que es triunfo.

Prudencio.

¡No sabes cuánto me alegro!
porque aquí tengo yo el as...
y gano baza... y el juego.

Zurdillo.

¡No lo dije!

Manteca.

¡Han hecho trampa!

Prudencio.

¿Que yo he hecho trampa?...

Manteca.

Hace tiempo
que ha salío el as de bastos.

Prudencio.

No es verdá.

Manteca.

Digo que es cierto.

Prudencio.

¿Quién le echó?

Manteca.

¡Pus quién había
de echarle!... tu compañero.

Sacristán.

Yo no le he visto en mis manos.

Manteca.

¿Que nó?... ¡ni que fueras ciego!
Zurdillo, dí si es verdá
ú no es verdá.

Zurdillo.

No me acuerdo;
pero casi estoy seguro...
por esta que es cruz... confieso
que el as de bastos enantes...
no se ha terciao en el juego.

Sacristán.

¡Lo ves, hombre!

Manteca.

¡Voto á cribas!
eso es decirme que miento.

Zurdillo.

Eso es decir la verdá
á costa de mi dinero.
Siempre te pasa lo mismo.

Manteca.

Pues yo jurara...

Zurdillo.

Estás fresco.

Manteca.

En fin, una distraición...

Zurdillo.

No es una sola, son ciento.

Blasa.

Alguacil.

Alguacil.

¿Qué manda usía?

Blasa.

¿No oyes reñir?

Alguacil.

¡Ya lo creo!

Blasa.

¿Y qué haces?

Alguacil.

Pues no hago náa.

Blasa.

Vete allí á poner remedio.

Alguacil.

Con su permiso.

(Se dirige á la mesa de los jugadores.)

Señores...
con el debío respeto
he de recordar á ustedes
que está prohibío el juego,
de orden del señor alcalde,
en tóo el radio del pueblo;
¡qué diría el candidato
menisterial del Gobierno
que está á punto de caer!

Prudencio.

¿Qué significa todo eso?

Alguacil.

Que debiendo de venir
muy pronto ese caballero
á visitar el lugar
y tóos sus menumentos,
no está bien que les encuentre
á sus mercedes riñendo
con las manos en la masa,
quiero decir, en el juego.

Prudencio.

Y á tí, vamos á ver, ¿quién
te da vela en este entierro,
ni que te va ni te viene
que esté prohibido el juego,
y que nosotros riñamos,
ni lo que pasa en el pueblo?

Alguacil.

Ya dije que lo decía
con el debío respeto.

Prudencio.

Pues mira; á mí el candidato,
el alcalde y el Gobierno
se me importan tres cominos.

Blasa.

Oiga usté, señor Prudencio.

Prudencio.

¿Qué quiere usté, señá Blasa?

Blasa.

Venga y sabrá lo que quiero
porque tengo que decirle
dos palabras en secreto.

Prudencio.

¡Vamos allá!

Bayala.

Si es que estorbo...

Blasa.

Dé usté por ahí un paseo
mientras hablamos á solas.
(Al Alguacil.)
Y tú también, vete dentro.
(Vase el Alguacil.)

Manteca.

Le va á hablar de la elección.

Sacristán.

¡Claro está!... nos tienen miedo.

Zurdillo.

¿Quiere usté una copa, abuela?

Bayala.

Si me la pagas tú, nieto
de nuevo cuño.

Zurdillo.

Manteca.

Manteca.

¿Qué quieres?

Zurdillo.

Anda pa dentro
y echaremos unas copas,
todos juntos, de lo fresco.

Manteca.

¿Quién paga?

Zurdillo.

¡Quién ha de ser!
los que hemos perdido el juego.

ESCENA II

BLASA Y PRUDENCIO

Blasa.

¿Le parece á usté decente
ni regular lo que ha hecho?

Prudencio.

¿Qué hago de malo?

Blasa.

Alternar

con gentes de poco menos;
jugar, beber y reñir;
decir pestes del Gobierno
y echar á la autoridad
del alguacil por los suelos.
Hombres de su posición
han de tener miramientos;
sí, señor; usté es albéitar,
y, además de albéitar, médico,
que le nombró mi marido
por nivelar los ingresos
con los gastos.

Prudencio.

Mis principios
son la igualdad; y por eso
soy médico y soy albéitar
y con todo el mundo alterno.

Blasa.

¡Así después se nos mide
á todos por un rasero!
Pero voy á lo que importa.

Prudencio.

¿Á quién?

Blasa.

Á los dos.

Prudencio.

¿Qué es ello?

Blasa.

Mañana es la votación
del diputado, y el pueblo
está como aquel que dice
partido de medio á medio;
los unos quieren á Juan,
los otros quieren á Pedro,
y es menester que queramos
todos juntos á uno mesmo.

Prudencio.

Yo sólo la quiero á usté.

Blasa.

Hombre, vaya usté al infierno;
¡venir ahora á requebrarme!

Prudencio.

No señora, no es requiebro.

Blasa.

Pues si no es requiebro, ¿qué es?

Prudencio.

Un invencible deseo

de que usté me corresponda
á lo mucho que la quiero,
y... lo demás ya vendrá
si nos dan mimbres y tiempo.

Blasa.

Hablemos de la elección;
¿usté es ó no es de los nuestros?

Prudencio.

Antes será menester
que usté y yo nos coaliguemos.

Blasa.

Prudencio, yo no me aligo
nada más que con quien debo.

Prudencio.

Pues si no hay liga no hay votos.

Blasa.

Pues sin usté triunfaremos.

Prudencio.

Eso es lo que está por ver.
Como vuelquen el puchero
armo la gorda.

Blasa.

Mejor,
que se arme; á río revuelto...

ESCENA III

BLASA, PRUDENCIO Y MARCOS

Marcos.

A la paz de Dios, señores.

Blasa.

Mi marido.

Marcos.

¿Qué hay de nuevo?
¿Se conspira?

Prudencio.

No, señor;
las ganas no faltan; pero
su mujer no quiere nada
conmigo.

Marcos.

Pues muy mal hecho;
que usté es pájaro de cuenta,
y hay que andar con mucho tiento.

Blasa.

Marcos, dí que no es verdad;
que yo le echao el anzuelo
á ver si picaba, y... ¡nada!
ni pica ni mucho menos.

Prudencio.

¿Qué no pico, señá Blasa?..
usté ponga en el anzuelo
algo que valga la pena,
y verá usté lo que es bueno;
mas pensar pescarme á mí
sin ir por delante el cebo,
es pensar en lo imposible.

Marcos.

Dice usté muy bien, Prudencio;
sólo á Blasa se la ocurre
pescarle á usté á palo seco.
Pero, dejando las bromas
á un lado, y hablando en serio,
¿en qué estao están las cosas?

Prudencio.

Como estaban.

Marcos.

¿Y no hay medio
de llegar á una avenencia?

Prudencio.

No, señor; mucho lo siento.
He adquirido el compromiso
de votar y echar el resto
por sacar al diputado
de oposición en el pueblo.

Marcos.

Usté puede dividir
esas fuerzas.

Prudencio.

Sí que puedo.

Marcos.

Y si lo hace usté, triunfamos
los amigos del Gobierno.

Prudencio.

Pero yo no las divido
así como así.

Marcos.

Prudencio,
sea alguna vez razonable.

Prudencio.

Señor Marcos, porque creo

que no está puesto en razón
que falte á mis compañeros,
no le puedo complacer;
bien sabe Dios que lo siento.

Marcos.

Pero, venga acá. Usté que es
una persona de mérito...

Prudencio.

Sí, señor.

Marcos.

Que es usté un hombre
ilustradísimo...

Prudencio.

Cierto.

Marcos.

Usté, que es tan liberal
y demócrata...

Prudencio.

En efecto.

Marcos.

Usté que ha sido y será
siempre amante del progreso...

Prudencio.

Es verdad.

Marcos.

Que tiene luces,
ciencia, y cultura, y talento,
y saber...

Prudencio.

Todo es exacto.

Marcos.

¿Usté va á unirse á unos neos,
oscurantistas, retrógrados
y reaccionarios?

Prudencio.

Son ellos
los que se vienen conmigo
y votan lo que yo quiero.

Marcos.

Pues bien; ponga condiciones
á ver si nos entendemos.

Prudencio.

Yo... la verdad... Señá Blasa,
¿usté qué dice?

Blasa.

¿Yo? cero.

Prudencio.

No insista usté, señor Marcos;
la cosa no tiene arreglo.
Y me voy porque me esperan
en la taberna. Hasta luego.

ESCENA IV

BLASA Y MARCOS

Marcos.

¡Ay, Blasa!

Blasa.

¿Qué hay?

Marcos.

Que estoy
ya con el agua á la boca,
y me ahogo si Prudencio,
como dice, me abandona.
Sin él, pierdo la elección.

Blasa.

Vamos, hombre; tú te ahogas
en poca agua; si se pierde

esta elección, vendrá otra
y la ganarás.

Marcos.

Con esta
dálas por perdidas todas.

Blasa.

¡Bah! ni tanto ni tan calvo;
¿no han de volverse las tornas?

Marcos.

¡Sí volver!.. He recibido
una carta echando bombas
del señor Gobernador;
¡aquí está!... ¡Y que viene floja!
(Leyendo.)
«Señor... etcétera, etcétera...
»la elección está dudosa;
»necesito todos, todos,»
(Enseñando la carta á su mujer.)
mira qué letras tan gordas;
«todos los votos que tiene
»ese pueblo»... ¡no perdona
ni uno siquiera! «ese pueblo,
»para obtener la victoria
»del candidato a...a...adito.»

Blasa.

Lee despacio y no corras.

Marcos.

«Adito. De lo contrario,
»habré de buscar persona
»de más arraigo en el pueblo
»que se encargue sin demora
»del puesto que desempeña
»usté»... aquí viene la bomba;
«que desempeña usté en ese
»municipio con tan poca
»discreción. Suyo afectísimo»...
etcétera. «Martín Porra.»
¿Te has enterado?

Blasa.

Sí... sí...
tenías razón de sobra.

Marcos.

Si perdemos la elección,
no tiene esto vuelta de hoja,
me dimiten, y... ¡adiós vara!
¡y adiós otras muchas cosas!

Blasa.

Es cierto, Marcos, es cierto;

y no seré la señora
alcaldesa, ni tendré
el alguacil á la cola,
ni me llamarán usía,
ni...

Marcos.

No sólo eso; son otras
las gangas que perderemos
más positivas, más sólidas;
pues, desde que soy alcalde,
tanto como á mí te consta
que hice mil economías...
en mi casa.

Blasa.

Numerosas.

Marcos.

Nuestra situación, aún no hace
dos años, era angustiosa;
por todo tener, teníamos
embargada hasta la sombra.
Fuí alcalde, y en unos meses,
y casi á muy poca costa,
nos nivelamos; después...
todo fué á pedir de boca.
Compramos fincas é hicimos

muchas é importantes obras;
hemos labrado las tierras
y hecho las labores propias
del campo con los braceros
que, como empleados, cobran
un sueldo en el municipio;
Manteca, el tendero, afloja
buenos puñados de duros
porque haga la vista gorda
á lo que entra de matute,
esto es, lo que vende y compra;
de regalos ¡no se diga!
la mar de alhajas y ropas;
de comer y de beber,
gratis todo, por arrobas;
á espuertas traigo el dinero
siempre que hay que hacer reformas
de ornato público en calles
y paseos; y, en mi bolsa,
el oro no cabe cuando
casas ó tierras se expropian;
¡ay!... en el Ayuntamiento,
hay... untamiento de sobra.
Mira tú lo que perdemos;
y eso que no hago memoria
de otras muchas pequeñeces
que producen buenas onzas.
¡Si ganase la elección!...

Blasa.

Pues haz trampa.

Marcos.

¡No seas tonta!
ya lo he dado yo cien vueltas.

Blasa.

¿Y qué?

Marcos.

No hay escapatoria.
Prudencio, el Zurdillo y yo,
los tres, somos las personas
que componemos la mesa
del escrutinio, y ni en broma
le puedo quitar un voto.

Blasa.

¿Y el Zurdillo?...

Marcos.

Tengo toda
mi confianza en él; pero,
¿y el otro?... ¡ahí está la droga!
No hay más que un camino.

Blasa.

¿Cuál?

Marcos.

Que Prudencio entre en la cosa
y consienta lo que yo haga.
Como él diga amén, ahora
mando al Zurdillo que extienda
el acta en debida forma,
incluyendo al candidato
ministerial, por la posta,
todos los votos del pueblo,
luego firmamos la hoja
yo, Prudencio y el Zurdillo...
y aquí paz y después gloria.

Blasa.

Eso se dice muy pronto.

Marcos.

¡Si tú, que eres tan mañosa,
le pudieras atraer!

Blasa.

¡Marcos!

Marcos.

Haz una intentona.
Bien merece un sacrificio...

Blasa.

¿Y si pide alguna cosa
que no pueda ser?

Marcos.

No te andes
con escrúpulos de monja.
El ganar esta elección
es para mí cuestión de honra.

Blasa.

¡Y tanto como lo es!

Marcos.

¡Ea! manos á la obra.
¿Y el Zurdillo?

Blasa.

En la taberna.

Marcos.

¡Siempre pensando en las copas!

ESCENA V

BLASA, MARCOS Y EL ZURDILLO.

Marcos.

(Llamando desde la puerta de la taberna.)
Zurdillo.

Zurdillo.

(Dentro.) Allá voy.

Blasa.

¿Qué haces?

Marcos.

Ganar tiempo.

Blasa.

Pero, Marcos...

Zurdillo.

¿Qué se le ofrece?

Marcos.

¿Y Prudencio?

Zurdillo.

Ahí dentro está.

Marcos.

¿Habéis hablado
de elecciones?

Zurdillo.

Sí, señor;
un poco entre trago y trago.
Prudencio y el sacristán
están locos de entusiasmo,
diciendo que van á hacer
y á acontecer tanto y cuanto.

Marcos.

¿Oyes, Blasa?

Blasa.

Sí, ya lo oigo

Marcos.

Pues lo que es yo no me ando
por las ramas, y me voy
á preparar por si acaso.
(Al Zurdillo.)
Oye; vete á la alcaldía
y, en menos que canta un gallo,
extiendes con buena letra
y con muchos ringorrangos
el acta del escrutinio
de la elección.

Zurdillo.

¿Cómo la hago?
¿en qué estilo?

Marcos.

Pues igual
á la del año pasado,
con la sola diferencia
del nombre del candidato.
¿No te quedaste con copia?

Zurdillo.

Sí, señor.

Marcos.

Por de contado,
le pones todos los votos
del pueblo.

Zurdillo.

¿Todos?

Marcos.

Pues claro
ni uno menos.

Zurdillo.

¿Cuatrocientos?

Marcos.

¿Son cuatrocientos?

Zurdillo.

Clavados.
Algunos son ya difuntos.

Marcos.

Pues también tienen sufragio.
Cuando hayas escrito el acta,
firmas como secretario.
Pon la fecha de mañana,
no te olvides de este dato.

Zurdillo.

¿Y el albéitar?... ¿firmará?...
¡lo que es ése!..

Marcos.

Yo me encargo
de hacer que firme el albéitar;
(Aparte á su mujer.)
es decir, tú.

Blasa.

¡Pero, Marcos!

Marcos.

Anda, Zurdillo; y me traes
á escape el acta.

Zurdillo.

Volando.

ESCENA VI

BLASA, MARCOS Y MANTECA

Manteca.

Buenos días.

Marcos.

Buenos días.
Manteca, oiga usté un recado

Manteca.

¿Qué es ello, señor alcalde?

Marcos.

Poca cosa. Todo el gasto
que se haga de hoy á mañana
en su casa, yo lo pago.
Porque en día de elecciones,
el buen vino, es necesario
que se suba á la cabeza
de todos los ciudadanos.
No se ganan voluntades
sin el mosto y el tabaco;
con un cigarro en la boca
y una botella en la mano
no hay hombre que se resista.
Y apropósito; sepamos,
¿trabaja usté por nosotros?

Manteca.

¡Pus ya se ve que trabajo!
pero es preciso que usté
me recompense ¡canastos!

Marcos.

¡Hombre!... según y conforme.

Manteca.

Porque los del otro bando

me ofrecen esto y aquello,
lo demás allá, y... ¡vamos!
qué está uno?... al negocio.
Ya ve usté que le hablo claro.

Marcos.

No se muerde usté la lengua.

Manteca.

No señor, me haría daño.

Marcos.

¿Usté tiene alguna queja
de mí? ¿quizá no le trato
como á un amigo?

Manteca.

Eso es cierto,
yo no digo lo contrario;
pero es preciso que ahora,
del dinero que le pago
por no pagar los derechos
de puertas, me rebaje algo.

Marcos.

¿Le parece á usté que es mucho?

Manteca.

No es tan poco.

Marcos.

Si hace un año
que le bajé...

Manteca.

Hubo elecciones.

Marcos.

Pues si vamos rebajando
cada elección un piquillo
no va á quedar un ochavo.

Manteca.

Bien; si á usté no le conviene...
otros lo hacen más barato.
Yo, como usté sabe, tengo
treinta votos mal contados
entre mi gente... y, si á usté
no le sirven para el caso,
otros han venío á hablarme
que los están deseando.
Con que usté dirá.

Marcos.

Manteca,
yo digo... que... en fin, veamos,
¿qué quiere que le rebaje?
¡No eche usté los pies por alto!

Manteca.

Una peseta por duro.

Marcos.

No entiendo.

Manteca.

Pus es bien claro.
Si he de darle veinte reales,
es un suponer, me aparto
yo una peseta y le doy
á usté solamente cuatro.

Marcos.

¿Cuatro qué? ¿cuatro pesetas?

Manteca.

Sí, señor.

Marcos.

Trato cerrado,
pero...

Manteca.

Si aun no he concluído.
Esta noche espero un carro
de comestible, y quisiera...

Marcos.

¿Que entre ya en el nuevo trato?

Manteca.

No señor.

Marcos.

¿Pues qué, Manteca?

Manteca.

Que entre gratis.

Marcos.

¡Voto al diablo!
y el Gobierno me perdone;
es usté hombre aprovechado.
¡Un carro de comestibles
gratis!

Manteca.

Sí, señor, un carro.

Marcos.

¡Que traerá abastecimientos
lo menos para tres años!

Manteca.

¡Cá! no señor.

Marcos.

¡Por lo menos!

Manteca.

Le digo á usté que no es tanto.

Marcos.

Pero eso es mucho abusar.

Manteca.

¡Qué abusar ni qué ocho cuartos!...
Para usté tóo es ganancia.

Marcos.

¿Y para usté?... ¡Qué apostamos
que moralizo la hacienda
municipal y que acabo
con el matute!

Manteca.

Por mí...

Marcos.

Manteca, es que si me cuadro
no pasa ni un alfiler,
sin pagar, por el fielato,
ni por las nubes tampoco;
y habrá aforos, y recargos,
y multas, y decomisos,
cárcel, repeso, y embargos,
y presidio por vender

géneros adulterados
los más, los otros podridos,
y en todos ellos robando
en el peso y la medida,
y... Bastante hemos hablado.

Manteca.

Pus que usté lo pase bien.

(Manteca se va, y, cuando llega cerca de taberna, le llama Marcos.)

Marcos.

Manteca.

Manteca.

¿Qué?

Marcos.

¿En qué quedamos?
¿cuento con usté ó no cuento?

Manteca.

¿Pasa ó no pasa ese carro?

Marcos.

Abone usté por lo menos
tres cuartas partes, y paso
por todo.

Manteca.

No; la metá.

Marcos.

Conformes.

Manteca.

Hasta otro rato.

ESCENA VII

BLASA, MARCOS Y EL ZURDILLO

Zurdillo.

Aquí está el acta.

Marcos.

¿No tiene
ningún borrón?

Zurdillo.

Ni pensarlo.

Marcos.

¿Te equivocaste?

Zurdillo.

Tampoco.

Marcos.

(Mirándola.)

Ya veo que la has firmado.
¿La fecha?... es la de mañana.
¿Los votos del candidato?...
cuatrocientos. Está bien.
Ahora llégate á mi cuarto,
tráeme la pluma mojada
y la firmaré en el acto.
(Váse el Zurdillo.)
Blasa, ¿qué haces tan callada?

Blasa.

¡Pues qué he de hacer!... maquinando.

Marcos.

Que le convenzas.

Blasa.

¡Pero, hombre!
¡mira que darme ese encargo
es ponerme entre la espada
y la pared!

Zurdillo.

Aquí estamos
la pluma y yo; tenga usté.

Marcos.

Gracias. (Firmando el acta sobre la mesa de la taberna.)
Con tres garabatos...
la rúbrica... y unos polvos...
(Coga tierra del suelo y la echa en el papel.)
este cuento se ha acabado.
(Al Zurdillo.)
Puedes irte donde quieras.

Zurdillo.

Con mi novia á echar un párrafo.

ESCENA VIII

BLASA, MARCOS después el ALGUACIL

Marcos.

Ahí tienes el acta, Blasa;
mi suerte dejo en tus manos.

Blasa.

¿Tú, qué quieres?

Marcos.

Que la firme.

Blasa.

¡Si supieras el trabajo
que me cuestan ciertas cosas!

Marcos.

¡Pues ni que fuera ello un arco
de iglesia!... Verás; te guardas
el papel muy bien guardado.

Blasa.

¿Dónde?

Marcos.

Donde no se arrugue;
en el bolso del refajo.

Blasa.

Mejor estará en el pecho. (Se lo **guarda.**)
Bueno, ya está; y ahora, ¿qué hago?

Marcos.

Cuando le veas venir,
tú le miras de soslayo;
él lo ve, se acerca, te habla,
tú le contestas, y, al cabo,
le sueltas una indirecta,
y él, que las coge volando,
querrá que tú te clarées...

pero ten mucho cuidado
y no te descubras, Blasa,
á las primeras de cambio;
él insistirá de nuevo;
tú, mientras, vas tanteando
el terreno poco á poco
y, cuando le halles el flaco,
te dejas caer, le dices
la verdad de cabo á rabo,
sacas el papel, lo enseñas,
tirá él de pluma... y andando.

Alguacil.

Señor alcalde.

Marcos.

¿Qué ocurre?

Alguacil.

Por la carretera abajo,
entre una nube de polvo
y en un borrico montado,
viene un señorito al pueblo.

Marcos.

¡No marra! es el candidato.
Voy á su encuentro. Alguacil,
detrás de mí á trote largo

ESCENA IX

BLASA Y LA TÍA BAYALA

Bayala.

¿Cómo es que está usté tan sola?

Blasa.

Ahora mismo se fué Marcos.
¿Qué se dice en la taberna?

Bayala.

¿Decir?... náa entre dos platos;
de pulítica y lizciones,
de si es mejor don Fulano
que don Mengano... No sé
á qué se quiebran los cascos,
porque en resumías cuentas
tóos son á cual más malos.

Blasa.

Y así es.

Bayala.

Hasta que España
no tenga un hombre bragáo
que se deje de menistros
igual que de diputáos,

y cuelgue á unos cuantos pillos,
y reparta mucho palo,
y dé firme á los de arriba
lo mesmo que á los de abajo,
esto no tiene remedio;
lo digo yo, que pá el caso
entiendo más que tóos ellos;
porque, aunque no haya estudiáo
ni corrío mucho mundo,
he vivío muchos años
y he visto muchos Gobiernos,
dende el del rey Carlos Cuarto
á la República; y, tóos,
si el primero era mediano,
el segundo era peor
y el tercero rematáo,
y así han seguío hasta el último
que no hay por donde agarrarlo.

Blasa.

Tiene usté mucha razón.

Bayala.

Así tuviera yo cuartos
como razón, y saber
dónde me aprieta el zapato.
¡Calle por Dios, señá Blasa!
dende que al pueblo le han dáo

el derecho de elegir
quién ha de crucificarlo,
que anda tóo manga por hombro.
Y lo que yo no me canso
de repetir á los probes:
—Vusotros, ¿qué vais ganando?
Reñis con vuestros vecinos,
y os arreais linternazos,
y vivís en un infierno
por si Fulano ó Mengano...
¿y pá qué? vamos á ver;
pus pá que unos pelagatos
echen coche á costa vuestra,
triunfen y tiren de largo,
mientras vusotros estáis
tóa vuestra vida arando,
muertos de frío en invierno,
en estío achicharráos,
y sin tener qué comer
ni en invierno ni en verano;
y cuando viene el agosto,
y vais á coger el grano
que con tantas pesadumbres
privaciones y trabajos
cudíasteis á la intimperie
é inclemencia de los campos,
viene la contribución
y se lleva con sus manos

lavadas, en solo un día,
lo que sudáis en un año,
y os deja sin pan ni abrigo
á vusotros, menos cuando
no hay cosecha y os embargan
entonces hasta los clavos.
¿Y sabéis quién es, les digo,
la contribución?... pus ¡paño!
la contribución son esos
don Fulano y don Mengano
á quienes votáis vusotros;
conque hijos... ¡dir á votarlos!

Blasa.

Tía Bayala, ¿quiere hacerme
un favor?

Bayala.

Ya estoy tardando.
Diga lo que es, señá Blasa.

Blasa.

Tengo que dar un recado
á Prudencio, y es urgente...
¡si quisiera usté llamarlo!

Bayala.

¿Al albéitar?... me parece
que usted y el albéitar... vamos...

Blasa.

¡Tía Bayala!

Bayala.

No se enoje;
lo digo porque hace un rato
le pidió hablar en secreto,
y ahora desea otro tanto.

Blasa.

No es lo que usté se malicia

Bayala.

Yo náa malicio, ¡paño!
y cada cual es muy dueño
de hacer de su capa un sayo.
En fin, no se enfade usté
por tan poco.

Blasa.

No me enfado.

Bayala.

Voy á llamar al albéitar...
y á echar un sorbo de paso.

ESCENA X

BLASA Y PRUDENCIO

Prudencio.

Señá Blasa, ¿es verdá que usté me llama?

Blasa.

Sí señor, ¿á qué viene esa extrañeza?

Prudencio.

¿Conque es cierto?

Blasa.

¿Lo duda todavía?
¿ó le remuerde acaso la conciencia
por lo poco cortés y nada atento
que ha estado usté conmigo?

Prudencio.

¡No me queda
ya más que oir!... ¡pues no dice que he estado
poco atento y cortés!... ¿O es que usté empieza
por contármelo á mí para que luego
no se lo eche yo en cara?... ¡Qué manera
de urdirlas!... ¿conque yo soy el herido,
señá Blasa, y se pone usté la venda?

Blasa.

Bien sabe usté que en todo lo que dice
no hay ni media palabra que sea cierta.

Prudencio.

Eso es negar la misma luz del día.
¿Pues cabe en hombre alguno más fineza
que declarar á la mujer que quiere,
como yo lo hice, su sentir por ella?

Blasa.

Empiece porque nada de eso creo.

Prudencio.

¿El qué no cree usté?

Blasa.

Que usté me quiera.

Prudencio.

¿Pues cómo he de decirlo y en qué forma?
¿por qué cosa del cielo ó de la tierra
desea que lo jure una y mil veces?

Blasa.

Eso no basta; las palabras cuesta
muy poco pronunciarlas, ¡es tan fácil

abrir los labios y mover la lengua!
Ni en juramentos creo; pues no hay hombre
que, á cualquier hora y por cualquier futesa,
con los más atrevidos juramentos
el santo nombre del Señor no ofenda.

Prudencio.

¿Cómo entonces se sabe y se conoce
cuándo es cierto el querer?

Blasa.

Cuando se prueba.

Prudencio.

Eso es cuestión de tiempo y ocasiones.
El trigo que sembramos en la era
no se vé, y allí está; germina oculto
durante el largo invierno, bajo tierra,
á pesar de los hielos y las nieves;
su débil tallo brota en primavera
tan ruín y tan mezquino que á los ojos
sólo parece despreciable yerba;
hasta que al sol canicular, creciendo,
la frágil caña se endurece y tuesta,
se alza á su extremo la gentil espiga
con su penacho de sedosas hebras,
abre su seno, y los dorados granos,

pródiga ofrece y con orgullo muestra.
Pues así es el querer: oculto nace,
en mezquinas palabras se revela,
y cuando á nuestro afecto corresponde
la que es objeto de las ansias nuestras,
en pláticas constantes y sabrosas
se complace, se goza y se deleita.
¡Cómo á usté mi cariño he de probarla
si apenas conocido le desdeña!

Blasa.

¿Qué yo le desdeñé?...

Prudencio.

¡Divinos cielos!
¿qué dice usté?

Blasa.

¿Pues no fuí la primera
en preguntarle si era de los nuestros?

Prudencio.

No involucremos cosas tan diversas;
usté arrimaba el ascua á su sardina,
y yo á usté, que es el sol que más calienta;
si pretende que sea de los suyos,
déjese usté querer cuanto yo quiera.
Que hable usté en singular es mi deseo.
¡Blasa! ¡Blasa!

Blasa.

Prudencio... más prudencia;
yo le suplico á usté que no me trate
con tal intimidad y tal franqueza.

Prudencio.

¿Quién nos ve? ¿quién nos oye?

Blasa.

Yo me basto.

Prudencio.

Deme usté por lo menos una prueba
de que yo no la soy indiferente.

Blasa.

¿Y usté me dará otra?

Prudencio.

Cuantas quiera.

Blasa.

(Poniéndose una mano sobre el pecho.)
La prueba de mi afecto aquí la tengo.

Prudencio.

¿La tiene usté en el corazón?

Blasa.

Muy cerca.

Prudencio.

¿Y qué es ello?

Blasa.

Un papel.

Prudencio.

¿Alguna carta
amorosa quizás?

Blasa.

No sé de letra.

Prudencio.

Pues ¿qué es ese papel?

Blasa.

Un documento.

Prudencio.

¿Notarial?

Blasa.

Casi, casi.

Prudencio.

¿Alguna herencia?

Blasa.

Más bien un testamento que usté ahora
ha de firmar y en el que me hace entrega
del número de votos que este pueblo,
para elegir un diputado, cuenta.

Prudencio.

¿Y es eso, ¡Dios de Dios! lo que en su pecho
guardado tiene usté?... ¿y esa es la prueba
de su afecto por mí?

Blasa.

Por todas partes
se va á Roma.

Prudencio.

Por esa se rodea.

ESCENA XI

BLASA, PRUDENCIO, MARCOS Y EL CANDIDATO

Blasa y Prudencio sentados en las sillas bajas, continúan conversando; Marcos y el Candidato vienen hablando sin reparar en aquéllos.

Marcos.

Sí, señor.

Candidato.

La carretera
es detestable.

Marcos.

Es verdad.

Candidato.

Veo que hay necesidad
de arreglarla de manera
que no haga polvo en estío
ni, en tiempo de lluvias, lodo.

Marcos.

Estamos de acuerdo en todo.

Candidato.

Y hemos de encauzar el río.

Marcos.

¿Qué río?

Candidato.

El de este lugar.

Marcos.

¿Querrá usté?...

Candidato.

Tenerle á raya

Marcos.

Si no le hay.

Candidato.

¡Para que le haya
por algo se ha de empezar!
¿Y este pueblo? ¿es muy fabril?

Marcos.

No falta gente enfermiza.

Candidato.

¿Y qué produce?

Marcos.

Hortaliza.

Candidato.

¿Y no hay un ferrocarril
que exporte luego esos frutos?

Marcos.

Gracias por su buen deseo;
mas, en cuestión de acarreo,

lo que aquí sobran son brutos.
¡Dios dé mucho qué cargar!
porque, el que menos, dispone
de un burro, y usté perdone
el modo de señalar.

Candidato.

No ví en las calles ninguna
señal de luz de farol.

Marcos.

Nos basta con la del sol.

Candidato.

¿Y por la noche?

Marcos.

La luna;
con ella nos arreglamos;
no hay gas que á su luz se iguale.

Candidato.

Bien, ¿pero, y cuando no sale?

Marcos.

¡Ah! entonces... **(Haciendo ademán de beber.)**
nos alumbramos.

Candidato.

Pues si tengo en mi favor
el pueblo, y me vota, y salgo
diputado... cuanto valgo
será suyo; y por mi honor
juro á usted que sin tardar
tendrá un río... y una ría,
luz eléctrica, un tranvía,
ferrocarril... y la mar.
Lloverá en tiempo oportuno;
no habrá granizos ni heladas,
y las tierras cultivadas
darán el ciento por uno.
Se harán las reparaciones
de todos los edificios;
aumentaré los servicios,
y no habrá contribuciones;
verá su ambición colmada,
saldrán el sol y la luna
á su antojo, y haré una
carretera entarugada
limpia de polvo y de lodo
en verano y en invierno;
quien me vote será eterno;
lo prometo y cumplo todo,
desde el más pueril capricho
que tengan mis electores

hasta las cosas mayores
que puedan soñar. He dicho.

(Cambiando bruscamente de tono.)

Y dígame usted, ¿qué tal
se presenta la elección?

Marcos.

Creo que en la votación
no iremos del todo mal.

(Marcos, que al oir hablar de la elección se ha sentido inquieto y desasosegado, en una de sus vueltas ha visto á su mujer con Prudencio.)

Espéreme usted.

Candidato.

Le espero.

Marcos.

(Llamándola.)

Blasa.

(Se la lleva á un lado, y hablan aparte.)

¿Te echó esa plumada?

Blasa.

Aún no he conseguido nada.

Marcos.

Pero... ¿no quiere?

Blasa.

Sí, pero...

Candidato.

(Aparte, adelantándose hacia Marcos y Blasa):
(Debe ser su esposa.)

Marcos.

(Enojadísimo) ¿Y qué?...
Si quiere, que firme ahora.

Candidato.

(Ap.) (La saludaré.)
(Se coloca entre marido y mujer, y dice á Blasa.)
Señora...
(Á Marcos.) ¿Es su mujer?

Marcos.

(Que no le esperaba, exclama aturdido) Y de usté digo, es decir...

Candidato.

Entendido.

Marcos.

Es mi mujer, sí señor.

Candidato.

Señora, tengo el honor...

Blasa.

Y yo también lo he tenido.

Marcos.

Con permiso de usté.

(La lleva á otro lado y sigue hablando con ella, de muy mal humor.)

Al irme
te lo dije. Con que, Blasa,
llévale ahora mismo á casa,
dale el papel, y que firme.

(Marcos vuelve con el Candidato, y Blasa con Prudencio; todos hablan á la vez, significándolo con sus actitudes y gestos cuando no les corresponda entrar en el diálogo.)

Marcos.

Perdóneme usté; tenía
que darla un recado urgente.

Blasa.

¡Si fuera usté complaciente!...

Prudencio.

¿Lo es usté?

Blasa.

Ya se vería.

Marcos.

No basta.

Candidato.

¿Qué hay que añadir?

Marcos.

Cada cual lleva su objeto.

Prudencio.

¿Me promete usté?...

Blasa.

Prometo;

(Ap.) (pero no pienso cumplir).

Prudencio.

Pues, entonces, á firmar.

Candidato.

¿Pero la elección?...

Marcos.

Se gana.

Blasa.

Usté firma hoy, y mañana...
(Ap.) (¡qué chasco se va á llevar!)

ESCENA XII

MARCOS Y EL CANDIDATO

Candidato.

¿Que no basta lo ofrecido?

Marcos.

No señor; en tantos años,
y á fuerza de desengaños,
los pueblos han aprendido
que, el que pretende salir
vencedor de estas empresas,
no le duele hacer promesas
que jamás ha de cumplir.
Dar y ofrecer en discursos,
saben todos de memoria
que son ya de la oratoria
los obligados recursos;
y, escarmentados de atrás,
la ganancia sólo estiman,
y todos ellos se arriman
al que pueden sacar más;
y dicen los más devotos
del sufragio verdadero:
—«¿Quieres votos?... da dinero.»
—«¿No hay dinero?... pues no hay votos.»

Y el que crea que ofrecer
basta para que le apoyen,
pierde el tiempo; porque le oyen
como quien oye llover.

Candidato.

¿Y la idea?

Marcos.

Eso preguntan
los electores también
cuando, á los que votan, ven
cómo en las Cortes despuntan.
No luchan por ideales
del distrito ó la nación;
sólo van á su ambición
y á sus medros personales.
Una carrera, un oficio,
en España, apenas dan
para un pedazo de pan
sin dejar más beneficio;
¿y ellos, en un ministerio,
sin sueldos extraordinarios,
se hacen casi millonarios?...
¿quién explica este misterio?
Pues las gentes se lo explican;
por eso en cada elección,
aprovechan la lección

y con los votos trafican.
Y no lo digo por mí
que trabajo gratis; pero
los demás quieren dinero
y hay que dárselo, si aquí
quiere usté ser elegido
con toda unanimidad.

Candidato.

Diga usted la cantidad
que, en resumen, han pedido.

Marcos.

Pues, aquí... cifras completas...
sin lucha y sin alborotos,
tendrá cuatrocientos votos;
á diez reales... mil pesetas.

Candidato.

Yo le doy á usted dos mil.

Marcos.

¿Dos mil pesetas?

Candidato.

No; reales.

Marcos.

Pongo al precio de jornales.

Candidato.

Rebájeme algo.

Marcos.

Ni un vil
ochavo puedo bajar;
harto me toca perder,
pues les convido á beber
y he de darles de fumar.
Con que usté verá si pacta
ó no conmigo.

Candidato.

Bien; pacto.

Marcos.

Mil pesetas y en el acto
le pongo en la mano el acta.

Candidato.

¿Cuándo? ¿ahora?

Marcos.

Sí, señor.

Candidato.

Por mí no hay inconveniente.

Marcos.

Las cosas, así, en caliente,
suelen hacerse mejor.

Candidato.

(Saca una cartera y de la cartera un billete.)

Ahí van pues las mil cabales
en un billete del Banco.

Marcos.

(Aparte, guardándose el billete.)

(Como Prudencio no es manco,
me embolso cuatro mil reales.)

ESCENA XIII

MARCOS, EL CANDIDATO Y MANTECA

Manteca.

Señor alcalde.

Marcos.

¿Qué ocurre?

Manteca.

Pus, que de aquello de marras...
el carro.

Marcos.

Sí.

Manteca.

U entra libre,
sin pagar puertas ni náa,
ú no cuente usté conmigo.

Marcos.

¿Ha vuelto usté la casaca?

Manteca.

Lo he pensao mejor y... ¡vamos!
no puedo con tantas cargas
como pesan sobre mí.

Marcos.

Los hombres tienen palabra,
Manteca.

Manteca.

Porque la tienen
los unos con otros hablan
y, el que se equivoca, dice...
«pus me he equivocao» y pata.
Con que usté dirá.

Marcos.

Yo ahora
no puedo decirle nada.

Manteca.

Diga usté, ese señorito,
¿quién es?

Marcos.

Nadie.

Manteca.

Por las trazas
me pareció el candidato.

Marcos.

¿Qué le importa á usté?

Manteca.

¡Caramba!
qué mal genio tiene usté hoy!

Marcos.

Tengo el que me da la gana.

(Manteca se sienta á curiosear junto á la mesa de la izquierda; el Candidato está en el centro de la escena, fumando; Marcos va y viene de un lado á otro con visibles muestras de inquietud y dice aparte indicando al Candidato.)

(No puedo dejarle solo,
porque si estos brutos le hablan
se va á descubrir mi juego.)

Candidato.

¿Quiere un puro de la Habana?

Marcos.

No lo gasto; pero, en fin,
por no despreciarlo... Gracias.

(Hablan.)

ESCENA XIV

MARCOS, EL CANDIDATO, MANTECA, EL SACRISTÁN y después LA TIA BAYALA.

Sacristán.

¿Hay novedades?

Manteca.

¿No ves
cuánta gente hay en la plaza?

(El Sacristán coge una silla y se sienta junto á Manteca.)

Sacristán.

¿Quién es ese caballero?

Manteca.

Adivina, adivinanza:
¿quién será ese mozalbete,
habiendo elección mañana?

Sacristán.

¡Cómo! ¿es ese el candidato?

Manteca.

El mismo que viste y calza.

Bayala.

¡Uff!... ¡qué calor hace ahí dentro!

Marcos.

Escuche usté, tía Bayala.

Bayala.

¿Qué quiere el señor alcalde?
(Hablan aparte.)

Marcos.

Haga el favor de ir á casa
y decirla á mi mujer
que la entregue á escape el acta.

Bayala.

¿El qué?

Marcos.

El acta.

Bayala.

Está muy bien. (Váse.)

Marcos.

Me impacienta su tardanza.
(Vuelve con el Candidato.)

Sacristán.

¿Y va á hacer noche en el pueblo?

Manteca.

Pué que sí; ¡por la cachaza
con que se ha sentao!...

Sacristán.

Manteca.

me alegraría en el alma.

Manteca.

¿Por qué lo dices?

Sacristán.

¿Por qué?
por gusto de ver la cara
que pone cuando le demos
las más grandes calabazas
que ha llevao hombre en el mundo.

Manteca.

¡Y que no van á ser malas!

Sacristán.

Después que le derrotemos,
para que le dé más rabia,
subo corriendo á la torre
y echo á vuelo las campanas.

Manteca.

Y cuando se vaya á dir,
se le dá una cencerrada.

Sacristán.

No es mala idea, Manteca.

Bayala.

(A Marcos.)

Aquí tiene usté su ata.

Marcos.

¿Habrá firmado?

Bayala.

Y que pronto
viene aquí la señá Blasa

Marcos.

(Con júbilo.)

¡Firmó! ¡firmó!...

Manteca.

(Al Sacristán, señalando al alcalde.)

Oye; ¿no ves
al alcalde?

Sacristán.

Algo le pasa.

Marcos.

(Al Candidato.)

Aquí tiene lo ofrecido.

Candidato.

¿Está corriente?

Marcos.

No falta
coma, ni voto, ni punto.

Candidato.

Mi elección está ganada.

Marcos.

Manteca.

Manteca

Mándeme usté.

(Hablan aparte.)

Marcos.

Lo del carro...

Manteca.

¿Qué?

Marcos.

No pasa;
hay que pagar...

Manteca.

¿Cuánto?

Marcos.

El doble
de lo que dije.

Manteca.

¡Caramba!
¿se ha vuelto atrás?

Marcos.

Ni rebajo
tampoco, como pensaba,
una peseta por duro.

Manteca.

¿Tampoco me la rebaja?

Marcos.

Al contrario; se la aumento.

Manteca.

Los hombres tienen palabra,
señor alcalde.

Marcos.

Por eso,
cuando de negocios tratan,
si uno se equivoca, dice...

Manteca.

Bueno; he venío por lana
y he salío trasquilao.

ESCENA XV

MARCOS, EL CANDIDATO, MANTECA, EL SACRISTÁN, LA TÍA BAYALA, PRUDENCIO, BLASA Y EL ALGUACIL

Marcos.

(Yendo al encuentro de Prudencio y abrazándole.)

Gracias, Prudencio, mil gracias;
usté es mi mejor amigo.

(Forman grupo Prudencio, Marcos, Blasa y el Candidato.)

Prudencio.

Sí, señor, á raja tabla.

Manteca.

(Al Sacristán.)

Nos la han jugao de puño.

Sacristán.

Si el albéitar no mediara,
ya verían lo que es bueno;
¡es tan bruto!...

Blasa.

Tía Bayala,
diga usté á la María Antonia
que ponga la mesa y vaya
preparando la comida.

Bayala.

¡Pus no que no, señá Blasa! (Vase.)

Marcos.

(Al Candidato.)

Usté come con nosotros.

Candidato.

Bien, acepto.

Marcos.

(A Prudencio.)

Usté es de casa;
por tanto no hay que decir
que también nos acompaña.
Celebraremos el triunfo.

(Al Candidato.)

¿Hay apetito?

Candidato.

No falta.

Blasa.

¡Ea! pues vamos á hacer
por la vida.

Marcos.

Cierto, Blasa;
porque ya hemos trabajado
hoy bastante por la Patria.

Madrid, 12 de Noviembre de 1893.

PRECIO: 3 PESETAS.